

Jugar Tenis con el corazón y con la mente

Relatos y divertimento matemático



Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

Jugar tenis con el corazón y con la mente. Relatos y divertimento matemático.

Autor: Miguel Ángel Izquierdo Sánchez

© Todos los derechos reservados por el autor.

Se agradecen opiniones y comentarios al correo: izquier1953@gmail.com

Tabla de contenido

Introducción.....	4
Capítulo Uno	6
Jugar Tenis con el corazón y con la mente: relatos de cómo aprendimos tenis y a divertirnos jugándolo en el Deportivo Cardenales	6
Primeras andanzas en tenis	7
Mi primer torneo de tenis	10
Que fluya la histamina.....	12
Admirado Roger Federer (septiembre de 2007 y agosto de 2017).....	13
Tenis en el paraíso	17
Trofeo de Paquimé.....	19
Tenis bajo las sábanas.....	20
Gajes del oficio.....	20
Torneo de triples en Cardenales. ¿El primero en el mundo?.....	23
A tranza, tranza doble.....	25
Don Andrés Hernández, excelente doblista.....	27
Romántico encuentro a un lado de la red	29
Torneo abierto de mixtos.....	30
El tío Chato, gran tenista de La Paz.....	31
El fisioterapeuta.....	32
Rafa, Nacho y Carlos.....	34
Para llegar a Roland Garros.....	37
Un alarife por la cuesta de Albayzín, en Granada	40
¡Estás insoportable, vete a jugar tenis!	41
Mi retiro.....	45
Capítulo Dos	46
Tenismática: divertimento con un esbozo de teoría axiomática del marcador de tenis .	46
Otras obras del autor.....	65

Introducción

El librito contiene dos aproximaciones a mi experiencia vital con el tenis, la primera mediante relatos de aprendizajes colectivos con amigos en el disfrute de este deporte; la segunda, contiene una breve teoría matemática de resultados prácticos para cualquier tenista, que se deriva de analizar el marcador típico del tenis y de otros juegos con similares reglas de marcaje.

El primer capítulo contiene relatos escritos y reunidos a lo largo de más de doce años, sobre la práctica de este deporte tan exigente, y quizás en el principio de su práctica, decepcionante, pero a la vez de grandes retos de aprendizaje y alegrías por toda la vida. Se trata de anécdotas vividas en el Deportivo Cardenales, un pequeño club social en Cuernavaca de práctica deportiva, no de alto rendimiento o basado en los individuos, sino que procura la experiencia familiar y de equipos.

Ahí aparecen jugadores principiantes, intermedios, en interacción con algunos avanzados y con una preciosa mujer en su momento en el primer lugar de la liga profesional mundial de tenis, Amelie Mauresmo. Un texto se ocupa de comparar los logros de Roger Federer del 2007 al 2017, con las enseñanzas que podemos sacar de su crecimiento en el periodo.

Los relatos presentan también las vicisitudes y alegrías de muchos jugadores que se van enseñando unos a otros/as el deporte, sus riesgos y las lastimaduras derivadas, en un contexto de solaz y crecimiento de “la banda”. No pocas diferencias y enfrentamientos se producen en los torneos, y aquí se incluyen algunos casos y cómo los resuelven quienes se proponen aprender el juego en todas sus manifestaciones, dentro y fuera de la cancha.

Me sorprende haber suspendido estos escritos por los últimos tres años al menos y cuando lean los últimos de este libro, encontrarán como yo explicación a por qué sucedió eso, si los venía escribiendo por tanto tiempo.

El segundo capítulo se ocupa de presentar primero una forma de graficar la dinámica de un partido de tenis, apoyado en definiciones, a partir de las cuales surgen elementales corolarios matemáticos (de matemática discreta) y más adelante, sencillos teoremas, hasta llegar a lo que llamé el Teoremón, por su significado paradójico para quienes nos apasiona este deporte. Está redactado para que cualquier infante, joven o adulto, con un

poco de voluntad y una hora disponible, llegue a comprender a cabalidad este Teoremón y sus consecuencias, para fortalecerse mentalmente y modificar sobre la marcha su estrategia de juego, aún bajo situación de desventaja en un partido.

Agradezco de corazón al Doctor en Matemáticas y tenista David Romero Vargas, de la UNAM, su doble y cuidadosa revisión del segundo capítulo.

Esta obra la dedico a quienes aman al tenis, a mis colegas, mujeres y hombres del Deportivo Cardenales como a mis vecinos que lo practican, entre ellos al Dr. Gustavo Peña (+), a Mingo Hernández, y en especial a mis difuntos compadres Armando Cruz, tenista y humorista entrañable, y a Julio Morán, hombre alegre de Ajuchitlán, como a sus queridas familias.

Cuernavaca, Morelos, Agosto de 2017.

Capítulo Uno

Jugar Tenis con el corazón y con la mente: relatos de cómo aprendimos tenis y a divertirnos jugándolo en el Deportivo Cardenales

Primeras andanzas en tenis

Llegué a Cuernavaca convencido de que el deporte no era para mí. Era una idea que tenía bien asentada desde la preparatoria, cuando sólo servía al equipo de fútbol de mis compañeros como aguador o en primeros auxilios. Si probaba a jugar basquetbol, sentía que me estrellaban el balón en los lentes; cuando intentaba el volibol, en las clavadas de nuestros contrincantes más de una vez salvé la vista. Pronto me había conformado con ver a otros jugar desde la banca. Yo no servía para eso.

Así fue hasta que nos establecimos en la Colonia Miraval de Cuernavaca, en un departamento frente a una gran casona del tamaño de una manzana completa, y cuyo jardinero nos invitó a pasear por sus jardines con nuestro bebé. En el patio esa casona tenía una pequeña cancha de frontenis, y en una de esas tardes, Julio Morán (pronto nuestro primer compadre), me puso una raqueta de tenis en la mano, ordenando:

- Vente a jugar.
- No sirvo para eso – respondí
- Tú vente a jugar, ya veremos si sirves o no sirves.

Esa misma tarde quedé con la sensación de que podía jugar, de que me gustaba jugar y de que podía aprender juegos de raqueta. Ese día, gracias a Don Julio, quien me puso todos los medios, nací también para el deporte. Había sido todo un descubrimiento.

Pronto nos cambiamos a Altavista y al no poder visitar con frecuencia a Julio y a su familia, para seguir jugando frontenis, encontramos por nuestro rumbo el Deportivo Cardenales, con canchas de tenis y espacios de juego para nuestros niños. Ahí probé a jugar tenis. Soy de aquí, me dije desde la primera vez que probé ese nuevo y apasionante juego.

Tenía 33 años. Fue decepcionante de entrada saber que contar con esos años significaba la casi vejez en el mundo del tenis, deporte implacable con la edad creciente. No tenía remedio y sí mucho por aprender, así que atrapado por el juego, hice todo por irme acomodando a sus modos.

Entonces jugaba con unos shorts rojos, que los tenistas de alcurnia decían eran de box y no de tenis. Mi maleta de cuero era tan inusual para ellos, que me pusieron “el cartero”. No toleraban a quien saliera de la monotonía del color blanco y de la playera con cuello. Una vez uno de ellos me mostró su maleta raquetera de lujo, recién adquirida en Los

Ángeles, California, como animándome a tirar la mía y a adquirir una semejante, tenística como la suya. Al abrirla y verle las etiquetas, resultó que era hecha en México, en el vecino estado de Michoacán. Hizo ante mí su gran coraje y ridículo, engañado por la marca.

Ávido de aprender, no me era suficiente pasar ocho horas tanto sábados como domingos en la cancha, con los soles intensos de verano, por eso a escondidas lograba convencer a los cuidadores del club para que jugaran conmigo los lunes, sus días de descanso. En esos días nadie retaba, la cancha era nuestra, no era necesario apurarse porque alguien seguía a usarla. El día para jugar tenis terminaba con la avanzada puesta del sol, al no haber cancha iluminada.

Pronto, aprendí que la arcilla roja en que jugábamos era suave en las caídas, pues por un instinto que me dominaba, volaba tras las pelotas lejanas, cayendo en giro sobre el hombro, como los beisbolistas lo hacían, para minimizar el impacto. Si acaso al caer podía resultar con raspada leve en rodilla y codo. Era un gusto enorme ganar en esas condiciones un punto, y motivo de orgullo perderlo, arriesgando el pellejo. Era además un camino casi seguro para convencer a mi esposa de que había estado en el Deportivo, y no en otro lado, pues llegaba no sólo con la playera mojada de sudor, sino también con el rojo mate de la arcilla.

Como dicen los expertos, el tenis es de estrategia, cuerpo y mente operando de manera conjunta.



Juego alegre con Beny Vergara, el primer maestro

Beny es un maestro de tenis reconocido en México, y en sus tiempos el número uno de Morelos por varios años. Fue también maestro en nuestro Deportivo.

Seguido, mientras daba una clase a cualquier alumno o alumna, nos invitaba a otros dos de similar nivel para formar el partido de dobles. Era pura diversión. En cada tiro daba alguna idea de cómo mejorarlo para la siguiente vez. Nos decía: “mete el primer servicio”, insistiendo con ello que en dobles el factor sorpresa del primer servicio era más importante que la velocidad. Si nos veía en posibilidades, también recomendaba: “ponle efecto para que bote alto”, mostrando cómo hacerlo: “cuando bota alto el que la va a contestar está incómodo, no le pega a gusto”, “además de que da más tiempo para subir a la red e intimidarlo o hacerle pensar su siguiente tiro o respuesta”.

Así, con frases cortas, siempre conversando, sugiriendo, jugada tras jugada aderezada con una sonrisa, nos iba enseñando a jugar dobles. Pero además de eso, tenía por regla para sí, el ponernos la pelota muy cerca, esto es, intentaba no ganarnos aunque pudiera el punto, sino que nos ponía una y otra vez la pelota a nuestro alcance hasta que la perdíamos. Con ello hacía más excitante el juego, dándonos la esperanza de ganarle el siguiente punto, en el siguiente tiro. Ganarlo era un gran premio para nosotros.

“Ponla en juego”, era su petición más frecuente, recordando que en tenis se gana devolviendo una y otra vez la pelota al contrincante, dejando la jugada ofensiva para cuando era totalmente segura. “Ponla en juego”, significaba además que el problema de regresar la pelota pasara al contrincante, dejando en él tener que pensar el tiro, pasarle la presión, obligarlo a un siguiente punto, pasarlo tantas veces como fuera necesario hasta cansarlo.

Su volea es muy sólida, continuamente nos recordaba la técnica para hacerla efectiva: “cucharea la pelota”, “dibuja una cuchara con la raqueta al pegarle”, con eso la bola al tocar la arcilla botará muy bajo y será más difícil contestarla.

Decía de sí mismo que en sus tiempos de campeón estatal, solía perder el primer set mientras aprendía las debilidades de su contrincante, pero para el segundo set, se empeñaba trabajando esas debilidades hasta ganárselo, y en el tercer set, debería tenerlo cansado como para ganarle más holgadamente.

Tiene una frase muy de él: “se le amarró la mano al chango”, empleada cuando el tiro que damos es tan débil que no pasa la red o sale de la cancha.

Con él se juega siempre con alegría, singles o dobles, aunque prefiere los dobles. “Menso”, se dice a sí mismo cuando hace una mala jugada y de inmediato, reflexionando, se dice en voz alta, cómo debería haber atacado a la bola.

Como buen doblista, juega todos los ángulos, especialmente gusta las dejadas cruzadas, que van a parar pegaditas a la red, votando tan bajo que es difícil levantarlas.

Sobretudo he aprendido con él a jugar con alegría. Si no estoy alegre, mejor me salgo de la cancha, pues para eso bajo a ella, para divertirme y de paso darme el gusto de ganar o perder, pero haciendo todo el esfuerzo posible para ganar, y como dice Beto Vargas, aunque “fluya la sangre” sobre los codos y las rodillas, tras aventarme por una pelota.



Mi primer torneo de tenis

Cualquier tenista alguna vez en su vida fue novato o novata, primerizo con tantas ilusiones de llegar a ganar un torneo, por lo menos en esa categoría de iniciados.

Eso hice en el año 1988, cuando cumplía treinta y cinco años, pues llegué poco antes al tenis. A la edad que ahora tiene Federer, muy joven, digo yo, ¿de acuerdo? Allá fui al Deportivo que anunciaba un torneo en todas las categorías y me dirigí al *Pro* que hacía los registros por nivel de competencia. Le solicité me inscribiera en la categoría de novatos, como correspondía a mi breve experiencia de tenista.

Me miró y sólo para corroborar, preguntó:

- ¿Qué edad tienes?
- Treinta y cinco.
- Sí, entras en la categoría de veteranos.

Me sentí ofendido doblemente: ¿veterano yo, viejo yo? Por edad, no, ¿cómo? Por experiencia en tenis, menos. Objeté:

- Soy novato en tenis, apenas empiezo.
- No te voy a poner a jugar con los niños, eres ya mayorcito.

Pagué mi inscripción malhumorado, vapuleado. No quise comentar con mi familia la doble ofensa recibida.

La siguiente semana me presenté al torneo. Demás está contar que el torneo de veteranos estaba plagado de una jauría de viejos lobos que se divirtieron conmigo, o mejor digo, a costa mía. Era yo un niño al que le robaban una paleta, mi inscripción y por segunda vez, como había hecho el *Pro*, pisoteaban mi dignidad.

Cruel fue mi primer torneo de tenis, más por abrigar yo la esperanza de que por fin había encontrado un deporte que pudiera practicar, después de varios fracasos en otros deportes en los que no pude dar el ancho.

Fue mi novatada y la pagué en la cancha y fuera de ella. No fue la única.



Que fluya la histamina

Hoy domingo jugué dobles con tres muchachos, dos veinteañeros y un diecisieteañero, en sus mejores jugos. Este último hace unos meses ubicado entre los mejores nacionales de su edad. Para mí, cincuentón adelantado, no dejaba de ser una tentación sentir de frente la velocidad en saques y tiros de base de quien está muy cercano a los profesionales, en técnica, velocidad, efectos y estilo.

Como poco se preocupan los chavos de esa edad por los demás, es más probable que den todo de sí y que menos cuiden en el juego al contrario, que un profesor ocupado en mantener su chamba y al cliente. Por eso sospechaba que iba a experimentar algo nuevo, con remotas pero fantaseadas posibilidades de poner en aprietos a esos chamacos, con más maña de mi parte que fuerza o físico para derrochar.

De repente la pelota pasaba a mi lado sin chance de reaccionar. Más de una vez me salvó la red de ser golpeado. En una recepción de saque apenas pude quitarme de encima la pelota, muy comprometido, debo decir asustado.

Sus *smashes* bajaban sin posibilidades de verlos, ya no de alcanzarlos. Me cuentan que en su visita pasada uno de ellos le plantó tres voleas altas en el pecho a un Pro, eso sí, bien puestas y disculpadas, como todo caballero. En lo demás, su juego parecía por completo natural, fluido, hasta fácil.

El impacto de sus voleas era precedido por una extensión notable al frente de la pierna correspondiente, lo que le daba un empuje extra, que los novatos e intermedios tardamos en asimilar o imitar, por más que nos proponemos. El cuerpo les respondía dócil a sus órdenes conforme a la situación. A uno de ellos dos ampollas floreadas no le impidieron recetar mandarriazos a placer, de derecha y de revés.

Imponen tantas capacidades, excita sentir su ejecución de cerca, acelera estar involucrado en jugadas de ese nivel. Valió el reto perdido, un 5-7, con sabor a victoria por disfrutar de la gracia y soltura de un deporte en casi sus mejores exhibiciones a nuestro alcance, con chavos que rebosan salud y alegría, con raquetas, pelotas y redes de por medio.

No cambio esa experiencia por nada. Si acaso estos jóvenes me permiten otro reto, disimuladamente en la red estaré un par de pasos atrás. Cada quien sabe como quiere

que le fluya por dentro su histamina.



Admirado Roger Federer (septiembre de 2007 y agosto de 2017)

Federer: puedes ser el 47° en porcentaje de primeros servicios, el 47° en porcentaje de rompimientos convertidos, puedes tener el 14° lugar en cantidad de ases, el 11° en porcentaje de puntos ganados regresando el segundo servicio, el 10° en porcentaje de primeros servicios ganados, el 8° en porcentaje de juegos ganados al regresar el servicio, el 6° en porcentaje de juegos ganados al servir, el 3° en porcentaje de puntos ganados al regresar el primer servicio, el 2° en porcentaje de segundos servicios ganados, y gracias a todos esos rasgos de tu juego y fortaleza física, pero sobretodo gracias a tu grandeza humana y sencillez, *eres el mejor jugador de tenis del mundo*.

Ese texto le dediqué a mi gallo, eso escribí hace diez años, cuando él reinaba en el tenis mundial y él tenía apenas 26 años cumplidos. Hoy, en agosto de 2017, he reunido similares estadísticas conforme a los datos de la ATP y miren lo que sucede con este “viejito” del tenis, con este veterano, como me clasificaron en mi primer torneo de tenis:

Indicador de juego	2007 Lugar mundial	2017 lugar mundial y %	Desempeño en diez años
% primeros servicios	47°	21°, 62.5%	Mejora
Rompimientos convertidos	47°	31°, 40.8 %	Mejora
Ases	14°	9°, 9.6 %	Mejora
Servicios ganados	6°	3°, 91.5%	Mejora
Puntos ganados regresando segundo servicio	11°	19°, 50.9%	Baja
Puntos ganados en primeros servicios	10°	8°, 79.8 %	Mejora
Puntos ganados con segundo servicio	2°	1°, 59.8%	Mejora
Puntos ganados con primer servicio	3°	8°, 79.8%	Baja

En diez años, en seis de los ocho criterios, ha venido mejorando su desempeño el maestro, y sólo ha bajado en dos de ellos. No era primer lugar en ninguno y ahora lo es en puntos ganados con el segundo servicio. Con mejores indicadores y ahora está en el tercer lugar, lo que indica en parte que hay más competencia y que su ausencia por un semestre del *tour* le está costando recuperar aquél estatus. Estamos hablando de dos lesiones mayores que pusieron en duda su regreso.

El motivo principal para presentar esta tabla comparativa, es hacer evidente que para ser número uno del mundo en el tenis no se necesita ser número uno en todos los indicadores, ni siquiera en la mayoría de ellos. Es el conjunto de indicadores de su desempeño, más su fortaleza física y mental en las condiciones más comprometidas, lo que ayuda a explicar su trayectoria sobresaliente, su lugar en la tabla mundial y en la historia del tenis y del deporte. La consistencia en el cuidado de su salud física y mental, como en su compromiso consigo mismo y con el deporte para aprender día a día, humildemente, incluso para aprender el revés de *topspin* en los últimos años, que no tenía y ahora es otra arma letal contra su némesis, Nadal.

Gracias nuevamente venerado Federer, por tantas lecciones humanas y tenísticas. Tienes tu nicho también en esta casa y corazón.



Un autógrafo de la “number one” para Carlitos

Hace casi un año, el 6 de marzo de 2005, de paso por el aeropuerto de París, entré a un saloncito en el que descansaban cómodamente varios pasajeros, con servicio gratis de café, revistas y periódicos. Ahí junto al revistero, vi de espaldas a una alta joven de suéter delgadito a rayas, ceñido al cuerpo, y pantalón café de muchísimas bolsas. Me impresionó su espalda de un gran triángulo invertido y pensé que sería una nadadora. Curioso, me acerqué discretamente para verla de frente y vaya sorpresa que me llevé al ver a una bella joven, de cutis muy fino, rostro delgado y pelo ligeramente ondulado. ¡Era Amelie Mauresmo!, entonces la guapa y admirada segunda mejor de la WTF.

Me dije: ¡esta es mi oportunidad! Ella tomó una revista y se fue a sentar junto a un gigantón que seguramente era su guardaespaldas, quien le cuidaba su bolsa roja de 10 o más raquetas, que yo mismo no podría cargar.

Pensé: ¡Chin! A ver si me deja acercarme este grandulón. Pero de inmediato salió la mejor idea, aproximarme a ella por el lado contrario, sin hacer ruido y así sorprenderlos. Eso hice. Tomé la pluma, alisté una hojita de mi libreta y como quien se va a sentar a una par de lugares de ella, ya cerquita, le dije: *Sil vous plais pour un mexicain...* en un francés chapurreado, mientras le daba la pluma y le ponía enfrente la libreta, sin darle otra opción más que de firmármela. Supongo que le hice una cara de súplica.

Hizo una sonrisita, firmó de inmediato, mientras su alerta guardaespalda me dejaba actuar. Su mano no parecía fuerte, pero te digo que su cuerpo era de toda una atleta, bello y proporcionado. Al salir del saloncito para tomar mi siguiente avión, leí por primera vez el letrero de la entrada que decía: *sala exclusiva para pasajeros ejecutivos de Air France*, exactamente lo que yo no era. De modo que hasta entonces supe que me colé sin autorización al tener boleto de clase turista, pero ya me había salido con premio para mí y ahora para ti. Total, la firma estaba en mi cuaderno, que ahora ha llegado a mejores manos, de un joven prospecto del tenis. Te la doy convencido de que la mereces. Creo que te caerá aún mejor ya que desde hace dos días es la número uno entre las damas tenistas, además de bella entre las hermosas.

Va otro detalle. Al llegar a casa después de ese viaje, guardé esa firma muy bien para que no se me perdiera. Tan bien que no la encontraba desde hace dos meses que decidí dártela. Desde entonces la ando buscando entre mis papeles, y aparece ahora justo en medio de un libro de obras de teatro de Anton Chejov, cuando tengo a mi lado a Amelie en primera plana del periódico y en todas las pantallas de resultados de tenis en internet. Quiere decir que ésta era la hora de entregártela, Carlitos.

¡Así que nos veremos con una red entre ambos para entregártela!



Tenis en el paraíso

Alguna vez, mientras tomaba su ducha después de jugar, el siempre sonriente Luis Comadurán, con voz de bajo profundo, dijo que si el paraíso existiera, debería tener canchas de tenis, *o no era el paraíso*. Pero además, cuando uno hiciera un tiro, siempre entraría la pelota en la cancha del contrario, pues por mal que fuera dirigido, las rayas se abrirían para darle entrada.

Siguiendo con su idea, pienso que en el paraíso, en lugar de abrirse las líneas, por malo que fuera el tiro, la pelota tomaría una trayectoria parabólica para regresar a la cancha contraria y continuar el punto. Las redes no tendrían hoyos ni se romperían al golpe de los corajudos, de hecho no habría ahí corajudos.

En el paraíso aparecería una cancha al momento de llegar alguien a jugar, sin tener que pelear por una. Las canchas tendrían la arcilla suficiente y siempre húmeda en que patinaríamos como sobre hielo, y en tiempo de ventoleras, las pelotas tendrían una trayectoria regular. El sol no afectaría jamás a quien estuviera al servicio.

De existir el paraíso, si todas las pelotas han de entrar, ¿cuándo acabarían el punto, el juego, el set, el partido? Todos los juegos llegarían a 40–40 y a cinco *deuces*, pero de manera azarosa, una vez ganaría un juego de vez en cuando un jugador y otra vez su contrario, para a la larga quedar empates en sets y resolver el partido con gran emoción en muerte súbita.

Ahí el tiro de revés saldría tan bueno como el golpe de derecha. Los *smashes* no se quedarían en la red, las dejaditas botarían bajas, los globos serían cosa simple y a nadie se le diría salvaje por golpear al contrincante con los *smashes* o nena por tirar los globos. En tan ideal lugar no habría que pagar profesores que nos enseñaran, ni habría la separación entre profesionales y amateurs, pues todos seríamos jugadores competentes.

En el paraíso que doy por existente, los tenis no se gastan, la ropa deportiva no se avejenta ni se decolora, conserva su brillo y atractivo. Las calcetas no se bajan ni aprietan, las agujetas no se aflojan. En el paraíso, a Nadal no se le meterá el calzoncillo por donde se lo saca.

Ahí seguramente las pelotas no se gastan, hay huertas infinitas de limoneros para los que no gustan de comprar ni una sola y con solo una pelota tendremos para jugar, pues terminado el punto, regresa de un solo bote mansamente a nuestras manos sin tener que agradecer al siempre sordo vecino que nos la regrese, pues de esos seguirá habiendo. Por lo mismo, ahí no son necesarias las bolsas de los shorts para guardarlas, y penosamente les digo que tampoco es necesario que las damas se guarden las pelotas bajo las faldas. De hecho no son necesarias las faldas ni la ropa deportiva.

En el paraíso las raquetas son tan eternas como las empuñaduras, las cuerdas no se revientan, las encordadoras se usan sólo para ponerlas la primera vez.

En el paraíso, tienen prohibida la entrada a los alambros y a los que no cumplen sus apuestas. Todos ellos irán simultáneamente a jugar juntos, si acaso, a la única cancha del infierno, turnándose los partidos con los malgeniudos y fantoches que dicen siempre ganar sus partidos o evitan saludar a sus contrarios.

Pero sobretodo, en el paraíso en lugar de sudor, se transpiran fragancias de madera y cítricos, de tabacos y rosas, y las gradas siempre estarán llenas de fanáticos del tenis atraídas por las esencias, celebrando con bromas y aplausos nuestras grandes jugadas, interactuando con jugadoras y jugadores con puntadas que nos harán eternamente felices, y sentir que efectivamente valió la pena divertirse mientras jugábamos tenis en este mundo terrenal, o platicar entusiasmados de cómo mejorar nuestro juego, mientras aguardábamos turno para entrar a la cancha.

¡Juego en cancha uno!



Trofeo de Paquimé

La mañana de ese sábado de diciembre estaba más fría de lo común para Cuernavaca. Los tenistas llegamos a la cancha con ropas protectoras, que nos iríamos quitando al terminar de calentar y así poder jugar libremente.

El torneo de dobles de fin de año organizado por Arnoldo Bautista con cuatro parejas de amigos estaba a punto de iniciar. Los trofeos estaban a la vista: dos preciosas vasijas de Paquimé, hermosamente ornamentadas y traídas directamente por él desde Chihuahua nos atrajeron a todos los participantes. Eran no sólo trofeos originales, sino únicos, que nadie más tendría y estaban para ser ganados esa misma mañana.

Sembramos a cuatro doblistas “fuertes” y sus compañeros respectivos serían ubicados por sorteo, echando volados. Todos estábamos por demás atentos a nuestra suerte y a las vasijas. Eché campanas al vuelo al momento que me tocó un compañero de buen nivel lo que dio para que me viera con un trofeo en casa, ahí en la comodita entrando al comedor, engalanándolo. Estaría de lujo ahí en su lugar, apenas lo ganara, como secretamente anunciaba por seguro.

Me urgía jugar y ganarlo. Así que sin calentar, decidí quitarme el pant para iniciar el primer partido. El tenis no lo dejaba salir, así que me senté sobre la cancha para tener apoyo, y con toda la fuerza, jalé del pant para librar el tenis y en eso vi mi dedo pulgar ir de su posición natural hasta posicionarse momentáneamente cerca del hueso llamado radio de mi brazo derecho, ¡de mi brazo con que juego tenis! ¡Pucha qué dolor insoportable!

Probé a tomar la raqueta, volteando a ver a las vasijas. Era imposible, no podría jugar. Me había dañado seriamente músculos y tendones que lo sostienen. Acababa de perder el torneo sin empezarlo, sin tocar una pelota, sin perder ni ganar un solo punto, yo solito. Ahí quedaron para otros, aquellos bellísimos trofeos de Paquimé, con sus finas y originales decoraciones en blanco.

Así que te lo paso al costo: antes de colocar el trofeo, gánate el torneo.



Tenis bajo las sábanas

Quien afirma que jugar tenis implica contar con una superficie oficial, plana, de aproximadamente 500 metros cuadrados en pasto, arcilla o asfalto, se equivoca. Porque les aseguro que un amante del tenis no se conforma con jugar en una cancha oficial, despierto. No, no, no: un verdadero tenista hasta dormido sigue jugando, desde lo más profundo del inconsciente, y con mayor ahínco desde el sueño RAM, cuando el cuerpo entero se entrega a las más audaces jugadas, que nos equiparan con los profesionales, cuando los amateurs somos de verdad auténticos profesionales, si bien dormidos, preparando y resolviendo jugadas, emocionados, activos, a veces fantasiosos.

Si no me lo creen, ahí está Martina para demostrárselos. Seguido, en medio de la noche, recibe unos golpes de su marido, que la despiertan y dejan moreteada. Cuando ella le reclama, le explica su marido, semidormido:

- Es que estaba sacando.
- ¡Nada de que estabas sacando! ¡Me estabas golpeando!
- Era el primer servicio, estaba en pleno juego, yo creo que no le di a la pelota y se me fue el brazo.

La última vez que esto sucedió, Martina le dio un consejo, como buena entrenadora de su marido que es:

- Pues asegúrate de pegarle a la pelota la siguiente vez, dormido como despierto. Ya estoy hinchada de tus primeros y segundos servicios fallidos. Porque te juro que yo sí le voy a pegar de un solo golpe a tus pelotas. Se me irá el puño con el primer servicio plano, no necesitaré el segundo. Como dices, tiraré un as que te dejará en vela, lívido y sin aliento. Será tu retroalimentación si fallas otra vez, para tus estadísticas de mejora del saque.

Y volvió ella a dormir, mientras él a intentar controlar la amenaza, ahora dándose las espaldas. Él en posición fetal, protectora, sabiéndose tenista, sospechándose reincidente. ¿Cómo dejar de ser tenista mientras duermes? ¿Alguien lo sabe?



Gajes del oficio

Cuando uno va progresando y te dominan las ansias de ganar un torneo al menos de la categoría B, contra jóvenes menores que tú, un mayor cincuentón apasionado del tenis, aceptas sin dudarle tantito la invitación a entrenar con ellos. De hecho lo tomas como un honor, una garantía de mejora al concentrar los esfuerzos en cada tipo de golpe, sistemáticamente, con clara intención de logro.

Por eso acepté gustoso la invitación que me hicieron los hermanos Parra a entrenar con ellos por las tardes, dos veces a la semana. Llegué puntual a la cita y muy motivado, con pelotas nuevas, raquetas recién encordadas y agua suficiente para una larga jornada.

Hicimos los ejercicios previos, “calistenia” le llamaba mi padre, y empezamos a pelotear suavemente.

El ritmo crecía en intensidad. Llegó el momento de pelotear de fondo, cada vez con más fuerza. Luego, era hora de pelotear con tiros cruzados, que nos llevaban de un lado a otro de nuestros respectivos espacios. Empecé a respirar agitado, pero ¿cómo iba a bajarle si estábamos en un momento de consistencia creciente en los golpes? Aquello era una delicia de sensación, sin preocuparnos por ganar el punto, sino por mejorar los golpes de derecha y de revés, desde el fondo.

Llevábamos quince minutos de entrenamiento intenso. De repente “vi estrellitas”, tal como siendo adolescente las vi justo después de haber donado sangre y enseguida me había desmayado. Ahí venía otra vez el mareo: Rules, le dije a mi compañero, voy a descansar un poco pero si ves que me desmayo no te asustes, creo que me falta aire y debo recuperarme. Fue lo último que me escucharon. Dicen que apenas me senté caí de lado, desmayándome lentamente.

Desperté en el aire, cargado por dos de ellos, camino a la palapa. Estaban seriamente asustados, a punto de llamar a un médico. No es necesario, les dije, tan sólo me faltó sangre en la cabeza y debo descansar un poco. “Mejor ahí párale”, fue su recomendación, y eso hice. El resto de la sesión la pasé observando sus peloteos, y ellos preguntando cómo me sentía.

A la semana, tuve una infección de garganta y el otorrinolaringólogo, al examinarme la nariz, diagnosticó:

- Usted tiene un fuerte golpe en la nariz, desviado el tabique y una de las flautas casi está totalmente cerrada. ¿No tiene problemas para respirar?

Me quedé pensando, casi le contesto que no, pero recordé que días antes me había desmayado por falta de aire. Entendió él las circunstancias y me explicó que con una sola flauta no daba para jugar ningún deporte de manera continua, que debía descansar y luego continuar, arriesgaba demasiado en los puntos largos por falta de irrigación al cerebro y que podía ocurrirme algo peor, por mi edad. Vuelta al asunto de la edad. Recomendó operarme la nariz para resolver el problema y mencionó que era una operación sencilla y casi de trámite, él podría hacerlo.

No le confié tantito su diagnóstico e hice cita con Jorge, gran amigo y otorrino de suma confianza. Me revisó y fueron directas sus preguntas.

- ¿Vas a ser estrella de cine?
- ¿Cómo crees? –reí fuertemente.
- ¿Quieres ser el número uno del mundo en tenis, o de México o del Morelos?
- Tampoco, Jorge, no tengo tales pretensiones –reí aún más.
- Pues no te opero si no aspiras a ninguna de esas metas. Una operación de nariz es muy riesgosa para ti y para mí, y de no ser una verdadera necesidad o urgencia, no la practico. Así que sigue jugando pero cuida tus tiempos y la intensidad del juego, no te pongas con los chamacos que ya nunca les aguantarás su ritmo, acepta tu realidad y que no estás más para ganarles. Tu flauta alguna vez se cerrará pero no es para morirte ni para dejar de hacer deporte si te administras bien.

Con ese dictamen lapidario regresé a casa, reflexionando sobre mi futuro tenístico, a los cincuenta años. La luz en mi camino fue la imagen del doctor Rogelio Díaz Guerrero, jugando a sus ochenta y tantos años. Más adelante me confirmó esa posibilidad de una larga vida tenística, ver jugar dobles a don Jorge Maldonado, señorón de más de ochenta y cinco años y excelente doblista. Aguanta, Miguel, me dije, tienes futuro en tenis.



Torneo de triples en Cardenales. ¿El primero en el mundo?

Por ahí del año 2005 tuvimos la ocurrencia, después de haber estado jugando dobles toda una tarde, de jugar un partido de “triples”, esto es tres contra tres jugadores. No teníamos noticia de que se hubiera realizado algún partido tal antes en cualquier lugar del mundo, sencillamente imaginamos que sería algo divertido, novedoso y desconocido: había que intentarlo. La verdad es que nos sorprendió y divirtió.

Armando mi compadre y yo, entusiasmados por la experiencia, nos propusimos entonces armar un torneo de triples, así que redactamos y publicamos la convocatoria, típica, y dejamos que cada quien organizara su tercia de jugadores, sin sembrar a ningún jugador o pareja.

Conseguí de trofeos unas raquetas nuevas, sin especificar a nadie de cuáles, y eso anunciamos, una para los ganadores y otra para los finalistas. Se inscribieron 6 parejas, armamos dos grupos de tres parejas cada uno y se hizo el torneo, no sin sobradas preguntas de los que nunca habían jugado triples como nosotros, respecto a las reglas o cómo habría que jugar. “Arrégdense como puedan”, les dijimos, la otra regla era que no invadieran el terreno del servicio al recibir saque contrario.

Por supuesto que todos los equipos querían ganar a hicieron lo suyo para lograrlo, como buscar acomodados en el espacio disponible, experimentar con los tres en la red, dos adelante y uno atrás, uno adelante y dos atrás, en fin, todas las combinaciones posibles.

Más de uno temía recibir un pelotazo por el poco espacio disponible para tirar y en efecto, varios jugadores optaron por tirar al cuerpo, como opción al tiro de globo.

Los puntos resultaron muy cortos, bastantes fueron ganados en la red, hubo más de una queja por pelotazo y la velocidad de los tiros fue creciente, en busca de remediar el muro que parecían hacer tres jugadores al frente. El margen para los tiros de pase era mínimo y eso forzaba la puntería de los mejores.

Ciertamente, había retos nuevos en el juego, en la ocupación de la cancha, en la selección de los tiros, en el ataque colectivo y en la defensa. Aunque jugábamos en dos canchas vecinas simultáneamente, en cada descanso entre puntos, los libres volteaban a la cancha vecina para aprender de la experiencia ajena, pues todo era nuevo.

Se llegó la hora de jugar la final entre dos tripletas que en los tres partidos que llevaban, habían encontrado la ventaja relativa de disponer de dos jugadores al frente y uno atrás

para cubrir los globos. Así se enfrentaron, aunque de repente asustaron a los contrarios yendo la terna completa a la red.

Hicimos rueda todos los participantes para la entrega de los premios. Los ganadores fueron festejados por todos los equipos, llovieron los comentarios sobre las emociones vividas, los pelotazos librados y recibidos, los atinados tiros de pase por los mínimos huecos. Todos nos voltearon a ver a Armando y a mí, pues ya era la hora de entregar los premios, las raquetas: ¿dónde están?, preguntaron.

Saqué del bolsillo de mi pantalón corto las dos raquetas para que una la entregara Armando a los ganadores y yo otra a los finalistas. Eran dos bellas raquetas de plata de Taxco, de seis centímetros de largo, con su aro para colgar como dijes, originales, límpidas, listas para portarse.

Los ganadores, finalistas y participantes se dieron por satisfechos, habían participado quizás en el primer torneo tenístico de triples en el mundo, con premios de raquetas de plata, como en los famosos torneos mundiales de la ATP.



A tranza, tranza doble

El rol del torneo de dobles estaba publicado: nos tocaba jugar el primer partido contra una pareja con un miembro experto en marrullerías, tantas que su fama era regional. Dos compañeros del Deportivo nos fueron a advertir, por separado, la clase de jugador que era. A uno, quinceañero, le robó una final sacándole bola tras bola, hasta que lo hastió, sin verbo ni actitud para defenderse, pues no era su estilo. A otro, cuarentón de gran nivel, le sacó otra final con similares tretas de baja ralea. Falto de carácter como era, tampoco tuvo lengua ni voluntad de discutir durante el partido con un adversario tan viciado en tranzas.

Había que prepararse ante tal amenaza. Mi compadre Armando y pareja, me aconsejó jugar normal, pues teníamos lo nuestro como doblistas, él estaba confiado en nuestras posibilidades. Por mi parte, le propuse otro camino: a la primera bola que nos sacara, de no ser dudosa, le sacaríamos la siguiente, así fuera claramente adentro, aprovechando que nuestro futuro contrincante jugaba con la bandera de que “cada quien marca en su cancha”. Lo mismo haríamos, y con igual derecho eso acordamos.

Muy temprano en el partido se dio lo que esperábamos, nos sacó una pelota claramente dentro de la cancha. Callamos estoicamente, mirando con detenimiento el rastro dejado por la pelota sobre la cancha para dejar clara nuestra valoración, aunque en silencio.

Al punto siguiente, cuando el marrullero lanzó una pelota de fondo ostensiblemente dentro, marqué convencido y para que todos escucharan, “fuera”. De inmediato protestaron nuestros adversarios, más, el afamado ventajista. Le contestamos serenamente, aparentando seguridad en el dictamen: “salió por mucho”. Insistió:

- No se vale, esa bola entró.
- Tanto como la anterior, pero como dices, cada quien marca en su cancha.

Era un desafío evidente que no esperaban, que sospechamos jamás habían enfrentando, al menos no tan al inicio del partido y menos con tanta claridad de que la bola había entrado en nuestra cancha.

Ya no jugaron cómodos, tenían que jugar legalmente o se exponían a perder puntos a su manera, pero no estaban acostumbrados a tal extremo. Perdieron el partido y la calma, nosotros ganamos en estrategia y haciendo lo que sabíamos, atacar comunicándonos, cubriendo nuestras debilidades.

El contrario que no hacía trampas reconoció al final: “doblaron desde el principio a mi compañero, no pudo con ustedes”.



Don Andrés Hernández, excelente doblista

En los años noventa, por las tardes de los miércoles llegaba al Deportivo Don Andrés, a jugar tenis o fut, según se dieran las condiciones.

Llegaba con su pequeña raqueta de madera marca Spalding, que ya nadie usaba en el mundo, pues pululaban las grandes de materiales recién desarrollados, como *kevlar* y cerámica, ultrarresistentes y elegantes. Él no se inmutaba por eso, ni por su ropa deportiva de muchos años atrás, fuera de moda. Era sumamente callado, serio y a la vez muy entusiasta doblista, pero si lo retaban, no rechazaba un partido de singles.

Llegaba buscando pareja y no le importaba el nivel de quien pudiera serlo, principiante, intermedio o avanzado, él necesitaba una pareja y le invitaba a retar a quien fuera.

Bajaba a jugar, calentando primero, y él, sabiendo de su superioridad, tomaba el primer turno al saque: un servicio suave, con efecto de top, extremadamente colocado. De inmediato subía a la red, no le preocupaba que le regresaran la bola con fuerza o de cualquier manera, él daba pasitos firmes avanzando siempre hacia la red y estaba listo para su primera bolea. La daba con gran firmeza, colocándola muy bien pero asegurando meterla, buscando la incomodidad de su contrincante y mientras Andrés avanzaba a la red.

Lo hacía sistemáticamente, sabía que esa era una táctica segura, dominante, útil contra todo adversario: el siguiente paso era recibir con bolea el tiro y terminar el punto colocando suavemente la pelota. ¡Parecía tan sencillo el tenis al verlo jugar!

Cuando a sus compañeros nos tocaba sacar, se preocupaba: “mete el primer servicio, mételo aunque sea suavemente”. No le hacíamos caso, pues queríamos tirar un as, elegante, que no nos salía pero era esa nuestra intención de novatos. Repetía: “mete el primer servicio, yo me encargo del resto”. Tardamos en creerle, y en entender su gran estrategia y tácticas: era excelente en la red, sabía amagar y resolver todo tiro sobre él o cruzándose, poniendo en serios aprietos a los contrincantes apenas tocara la bola.

“No te quedes atrás, vente a la red”, insistía, el dobles se gana en la red, si te globean yo voy por la bola, vente a la red”. El miedo de la devolución nos ganaba a los novatos, no entendíamos lo que él sabía muy bien: el contrincante se incomoda al ver a quien sacó

avanzando sobre la red, no tira igual, menos si su pareja finta que se cruzará. Andrés sabía de eso y lo ponía en práctica en cada punto.

Insistía: “no se la tires al de la red, busca al zaguero, o tira un globo, no te desesperes...”. Él necesitaba ver la bola en la raqueta de sus contrincantes para entrar en acción.

Rara vez perdía, y menos si le hacíamos caso en sus consejos. No se enojaba, pero su gesto era evidencia de que le apuraba que no atendiéramos sus sugerencias, pues quería ganar y tenía la experiencia y capacidad para hacerlo.

Con él fue evidente que no se necesitaba el último modelo de raqueta, la mejor ropa, la máxima velocidad, o el saque más atemorizador, para ganar un partido, sino estrategia, trabajo de equipo y colocación en cada tiro, a mediana velocidad, o aún lenta. En la red se habría de resolver el resto. Lo sabía bien, había sido primer raqueta de Morelos en varias ocasiones, como nos enteramos después.

¡Gracias mil Andrés Hernández por tu paciencia, enseñanzas y amistad!



Romántico encuentro a un lado de la red

Un par de aprendices de tenis, ella una guapa joven y él un no tan joven varón pero galán, llevaban ya tres encuentros domingueros casuales para entrenar tenis a media mañana. Ambos vestían elegantemente sus mejores ropas de tenis, muy a la moda, límpidas y seguramente perfumadas. Se escuchaban desde las canchas vecinas sus comedidos comentarios para estimularse mutuamente, tal como corresponde a personas que cuidan las formas y están haciendo del tenis su nueva pasión, y de paso, motivo de encuentro con alguien más.

Ese día el boleo, como la mañana, habían sido idílicos. Había que cerrar el entrenamiento con un sello especial, así que él, en lugar de acercarse parsimoniosamente a la red para saludarla de beso en la mejilla, prefirió correr y saltar la red para llegar hasta ella.

Allá va de subida el galán, pero ¡ay!, la malvada red le tiene una pésima jugada: le atrapa el primer pie que intenta librarla y va a caer rendido a los pies de la bella, como de novela, todo empolvado de arcilla roja, sobre su blanco uniforme de tenista. Pasó del despliegue juvenil ostentoso al ridículo terrenal.

Ahí la ven ahora a ella, quitándole el polvo con palmaditas sobre la espalda y las nalgas de él, mientras quien fue alguna vez joven se deja apachar, intentando inútilmente una excusa para justificar la caída.

Lo vi y nadie me lo contó. Eran dos palomitos a punto de arrumacos.



Torneo abierto de mixtos

La convocatoria para el torneo era muy atractiva, pues además de poco usual, se prestaba para practicar y fomentar entre clubes y asociaciones de tenistas, la participación de las mujeres en parejas mixtas, dando mayor relevancia a su presencia en el deporte.

La respuesta fue formidable, se inscribieron por lo menos 18 parejas provenientes de la ciudad y faltaban canchas para que jugaran todos al mismo tiempo. Las expectativas eran muy altas pues los premios eran pares de raquetas de excelente marca, provistas por prestigiada fábrica.

Pronto, dado el nivel de competencia, aparecieron desacuerdos durante los partidos por puntos mal “cantados” por tal o cual pareja, y el árbitro general tuvo que apoyarse de tenistas locales para arbitrar las controversias. Llegó mi turno, pues estaba ahí disponible para apoyarlo solidariamente.

Entré a la cancha en calidad de árbitro emergente del partido en el que ya se había suscitado una fuerte discusión y empecé a marcar los puntos. Vino a los pocos minutos una siguiente diferencia, ahora con mi marcaje. Se acercaron a mí ambas parejas para resolver el caso. En eso, para mostrarme afable y negociador imparcial, sin darme cuenta, sugiero una solución al tiempo que tocaba muy ligeramente el hombro de una de las damas.

— ¡No la toque! –fue un grito que escuché, estridente, de un hombre.

No supe que se dirigía a mí, de modo que seguí en mi argumentación y ahí va otra vez mi mano para enfatizar la propuesta de remedio al punto.

— ¡Le digo que no la toque! –otra vez lo dijo pero ya acercándose a mí, amenazante con su raqueta.

Sorprendido del nivel de agresividad y de la tensión existente por un mugre punto, pedí otro árbitro. Decidí que alguien más cargara con ese pesado costal de arbitrar parejas mixtas. Algo semejante le pasó al sustituto, al árbitro general. ¡Allá ellos! me dije, yo vengo a jugar, no a pelear.



El tío Chato, gran tenista de La Paz

Llegó tío Chato conmigo al Deportivo Cardenales y como cuando era niño me dijo en una tienda grande de La Paz, “busca la chamarra que más te guste, te la voy a regalar”, esa vez, ya de adulto y tenista, me quiso dar la mayor satisfacción: “busca a la mejor pareja de tu club y rétalos, tu tío Chato te hará ganador”.

No esperaba tanto, pero ciertamente me hizo fluir la adrenalina con su seguridad.

Ahí estaba la pareja de jóvenes, casi invencibles, en sus veintitantos.

Entramos a la cancha, sin haber jugado antes con él de pareja. De inmediato tomó el mando, cariñoso, cuando cometí la primera doble falta:

- Usted meta el primer servicio, compañero. De nada sirve una falta a máxima velocidad. Meta la bola, verá que yo resuelvo el punto.

Novato como yo era, temeroso de ir a la red, me corrigió más delante:


- No se me atasque allá atrás como mula, los dobles se ganan en la red, véngase para acá adelante, mi amigo.

Efectivamente él sabía jugar dobles e intimidar a sus contrincantes. Pero no con sus 90 kilos y sus brazos y muñecas de doble ancho, vellosas, sino por su oportunidad y tino al cruzarse como buen delantero y acabar el punto apenas tocaba la pelota. Su mejor golpe lo daba precisamente al cruzarse: en movimiento pegado a la red, ponía la raqueta sobre su singular barriga y al contacto, con esa fuertísima y gruesa muñeca, “mataba” la pelota, amortiguando su velocidad hasta llevarla a una caída vertical, rarísima, que no he vuelto a ver en otros doblistas. La dejaba caer a diez o quince centímetros de la red, casi sin bote, en las narices de sus contrincantes. Éstos, que esperaban de un hombrón como él una fuerte volea, se cubrían el cuerpo, rígidos, protegidos, de modo que no podían reaccionar a una pelota inocente que se dormía frente a ellos.

Eso lo hizo una y otra vez, hasta que llegamos a estar 5–5. Me hervía la sangre, estábamos cerca de la hazaña, y él por demás seguro, presionando, motivador. Yo en máxima tensión, como nuestros adversarios.

Perdí mi servicio en los nervios. No por eso me echó la culpa, sino que comentó al final, cuando perdimos:

- Yo quería darle su gusto, compañero, pero se nos fueron.

Era todo un doblista, aguerrido, ganador. 

El fisioterapeuta

Aborrezco los masajes y fácilmente olvido por qué. Para recordar los motivos debo cada vez hacer un profundo ejercicio de recordar no con el cerebro, sino con el cuerpo que los ha sufrido.

Ahí está el primero, recordado por mis vértebras lumbares. Me disponía a jugar un partido de tenis con mi tío Rafael —él siempre tan competitivo—, cuando vio que me contorsionaba ligeramente para calentar esa zona lumbar y preguntó de lleno:

- ¿Tienes algún problema?
- Un terapeuta físico me ha dicho que mientras no cambie mi revés de dos manos a una, con el que giro toda mi cintura, no dejaré de padecer de dolor y de torceduras en las lumbares.
- Ahorita mismo lo curo, mi amigo. Mi mamá Concha me hizo quiropráctico desde muy joven, verás que te hago sentir bien en un dos por tres.

Lo dijo convincente, como todo un experto. Yo sabía para entonces que en su vida había ejercido diferentes profesiones y que sabía de esto y de aquello. Di por creerle mientras me ordenaba a su modo:

- Recuéstate en el pasto boca abajo, ahora mismo te curo.

Ambos dejamos nuestras raquetas y el bote de pelotas a un lado. Yo me recosté y me extrañó que no se arrodillara para darme masaje o acomodarme los huesos. Siguió ordenando desde las alturas, bien parado:

- ¡Relájate! Extiende tus brazos a un lado de tu cuerpo, ¡relájate! ¡Cierra los ojos!
¡Flojito, ponte flojito!

No me gustó nada escuchar esa expresión, típica de las enfermeras que están por inyectarte, pero obedecí apremiado por su voz mandante, cerrando los ojos.

En eso salió por mi boca todo el aire de mis pulmones y quedé sin habla. Imposible moverme, menos gritar para pedir ayuda. Me concentraba en respirar y averiguar qué me estaba pasando. Una masa ultrapesada me compactaba contra el piso y me impedía mover.

- ¡Flojito, mi amigo, no vaya a moverse! —seguía ordenando una voz que era de mi tío.

¡Ah! Entonces era él allá arriba de mis costillas y equilibrándose sobre mi espina dorsal, con todos sus noventa kilos transitando con sus tenis desde mi cintura hasta mi espalda alta. Daba pequeños pasos hacia arriba, cerca del cuello y regresaba hacia el coxis. Mis vértebras percutían como quijada de burro en canción huapanguera. Las escuchaba por mis oídos y además por el eco que llegaba hasta mi cráneo.

- Ya merito, amigo. ¡Aguántese! Un poquito más —eso lo escuché pronunciado con un dejo divertido, como que estuviera gozando una jugada maestra.

Yo no paraba de sentir un tanque metálico encima, hasta que cesó el aplastamiento. Antes de poder reclamarle, tuve que ir recuperando lentamente la respiración, mientras me sentaba y trataba de comprender lo que había sucedido.

- ¿Qué tal mi amigo? ¿A poco no te sientes ahora totalmente recuperado? ¡Párate y te reirás de tus males pasados! ¡Y gratis, no te voy a cobrar! Lo hago de puro agradecimiento porque me invitaste a jugar tenis contigo.

Se había retirado unos metros, previsor de cómo pudiera yo reaccionar. Precaución necia: yo no tenía más fuerza más que para susurrar, aun empleando toda mi energía y aliento, con coraje:

- ¡Ah qué tío traicionero!



Rafa, Nacho y Carlos

De visita coincidente en San Luis, tío Rafael y tío Nacho pidieron a su sobrino Carlos que les consiguiera una cancha de tenis, raquetas y pelotas nuevas, para demostrarle quién de los dos era el mejor, lo que reclamaba para sí cada uno de los modestos y sesentones tíos:

- Lo voy a poner en su lugar –aseguró Rafa.
- Lo dejaré tendido en el suelo –anunció Nacho.

Llegados los tres al deportivo, los hermanos iniciaron los calentamientos a la vieja usanza de los beisbolistas, con vueltas a medio trote alrededor de la cancha, uno en sentido inverso del otro, pues como buenos rivales, no era para irse acompañando. Al pasar junto a Carlos, uno de ellos pronosticó:

- Le voy a dar en la torre a este güey – guiñándole el ojo a Carlos.

El otro venteó el comentario y al pasar junto a Carlos, preguntó:

- ¿Qué te dijo este pendejo? ¡Porque le voy a dar en su madre, ya verás!

Carlos sonreía de las puyas que mutuamente se lanzaban, continuación de las que ya había escuchado de ambas partes en el camino al deportivo.

Pasaron a los ejercicios kalisténicos, estiramientos y flexiones previos al juego.

- ¡Mira este güey, de barrigón no se puede ni agachar! Dijo burlón uno del otro.
- ¡Sus cachetes y panza no le dejan verse los tenis, menos verá la pelota! –replicó el contrincante.

Llegó la hora de pelotear. “Ayúdanos boleando”, le pidieron a Carlos, lo cual fue una manera cortés de asignarle la chamba ingrata de bolero de los rechonchos deportistas.

Inició el partido, con burlas de una parte y chanzas de la otra, que aumentaban de calibre, a cada punto que perdía el contrario. Junto con la puntuación, Carlos iba llevando el conteo de cariños que se prodigaban los hermanitos, pero por su intermedio: “Mira a este anciano”, “¡Qué me va a ganar este tarugo!”, “No tiene nada para mí este pendejo”, “Ni con chochos me gana este marrano”, “Me amarro la mano derecha y ni así me gana este inválido”. Eso escuchaba Carlos mientras iba por las orillas tras una y otra pelota.

Entonces llegó a su gran dilema, que guardó para sí:

“¿Quién es aquí el pendejo? He de ser yo, puesto que me traen de bolero, escuchando todas las rencillas que pretenden le haga saber al otro, teniéndolo enfrente”.

Claridoso, lo resolvió de inmediato, saliendo del agravio:

- Ahí los dejo con sus pendencies y bolas. Desahóguense. Cuando acaben, recójalas, póngalas en su caja y bótenlas en la basura. Yo los espero tranquilo en el bar.

Allá los esperó muy poco tiempo, se cansaron de sus puyas mutuas y de ir por las pelotas.



De pichones y Pichones

Para quien no lo sepa, el sentido de “pichón” en tenis social, significa que alguien a quien de modo tal llamas pierde contigo siempre que juegas con él. Pero el chiste está en decírselo frente a terceros, para que tenga resonancia, picando el orgullo del aludido: “fulano es mi Pichón”, “quíúbole Pichón”, “ya llegó mi Pichón”, son expresiones que casi se gritan entre amigos de este medio.

No me cabe duda que entre los juegos simbólicos de fuera y dentro de la cancha de tenis, el establecer y cantar la jetatura de uno sobre otro, la dominancia sobre alguien más en el juego, es parte de la propia afirmación y estímulo verbal para que el otro mejore. Uno tiene que quitarse tal karma, tal estigma, y para ello hay que seguir aprendiendo, trazarse esa meta de alguna vez y ojalá para siempre, llamarle pichón a alguien más.



Para llegar a Roland Garros

Un arcillista no deja de soñar en ver al menos un partido en el gran torneo francés de *Roland Garros*. Ese era mi caso, por tantos años anhelado. Ahí estaba esperando la oportunidad que no aparecía por ningún lado.

Un domingo en que nos pareció adecuado llevar a mi padre de casi noventa años a pasear al zócalo de Cuernavaca, cuando había avanzado su pérdida de memoria a corto plazo, nos acercamos al grupo de adultos mayores que por las tardes bailan danzón y otros ritmos de sus tiempos de bailar. Eso lo ponía de muy buen ánimo y era excelente para remediar sus ansias de “regresar a casa”. Ahí estaba contento.

Me distraje por segundos y sin saber cómo, se armó una discusión de un señor con mi papá, quien pretendía quitarle su pareja al celoso, por supuesto, para bailar. Me acerqué para tranquilizarlos, asegurando al señor que mi padre apenas si podía caminar y no tenía conciencia clara de lo que estaba haciendo, salvo que le encantaba bailar (y por supuesto, con una buena mujer, lo que no le dije). De mala gana el tipo paró de jalonearlo y nos fuimos a paso lento retirando de la escena de contienda.

Se aproximó a nosotros una dama bajita y en francés me dijo:

- ¡Qué lindo el señor! ¿Es su papá?
- Sí –le contesté chapurreando en su lengua.
- Lo vi todo, él sólo quiere bailar, no tenía el otro por qué tratarlo así, su padre ni siquiera se defiende.
- Es cierto, toda su vida fue bailar e ignoraba que la señora tenía pareja.

Ella era parisina, paseaba como turista en Cuernavaca, traía unas flores en la mano y le dio una a mi padre, regalándole también una gran sonrisa. Le dije que le agradecía su gentileza y me puse a sus órdenes, invitándola a visitarnos en casa. Preguntó que si podía hacerlo con su primo quien vivía aquí. Acepté y a los dos días llegaron a tomar el café a casa. Nos hicimos de inmediato grandes amigos.

Al terminar la visita, Jeanine Gonon, expresidente de la asociación francesa de artes marciales, ya sabía de mi interés por algún día ver en directo el *Gran Slam* de Roland Garros, por eso se despidió de la siguiente manera.

- Vivo muy cerca de Roland Garros. Cuando vayan a Paris no aceptaré que lleguen a un hotel. Los recibiremos en mi casa y podrás ir a realizar tu sueño.

La suya fue una orden muy franca, totalmente creíble en su gran voluntad de recibirnos.

Cerca de un año después llegó esa oportunidad. Consulté por internet sobre la compra de boletos para al menos ver una semifinal de singles o en su caso la final y ya estaban vendidos meses atrás. Sólo alcancé un boleto para un día de cuartos de finales, no había otros boletos disponibles. Avisamos a Jeanine que iríamos y nuevamente llegaron sus instrucciones:

- Mi esposo irá por ustedes a la estación del Metro, yo les espero en la casa. Serán muy bien recibidos y no se les ocurra irse a un hotel. Serán nuestros invitados.

Ese era sin duda su estilo, fijar las reglas y nosotros optamos por seguirlas. Llegó el día de viajar a Francia, arribamos a París y tomamos el metro para encontrar a su querido esposo. Él es la cortesía andando, es médico solidario de gran experiencia, y nos orientó para nuestras salidas mientras nos acercábamos a su casa. Al llegar a ella, Jeanine no estaba. Había salido a visitar a su hija que habitaba en Asia, y para no darnos excusa de cancelar nuestra visita, nos armó esa pequeña mentirita. Su familia hermosa nos atendió de mil amores, lo que no paramos de agradecerles. Al día siguiente mientras hacía mi mapa de ruta hacia Roland Garros, que imaginaba podía llegar caminando, resultó que estaba en el extremo opuesto de la ciudad, pero accesible en metro, relativamente. Reí para mí. ¡Otra pequeña mentirilla de Jeanine había sido decirme que vivía cerca del estadio, con tal de tenernos en su casa, dado su gran corazón! Ella se agigantó más ante nosotros.

Fui entusiasmado al estadio Roland Garros, advertido de que podía llover, pero eso para nada me detuvo, yo tenía boleto y aprovecharía toda la jornada. Me fui horas antes para sentir el ambiente de los pasillos, de las filas de espera, de los fans que seguramente llegarían buscando las firmas de sus estrellas. Llevaba mi cuaderno y la pluma lista para conseguir las mías.

Formado en la fila, sentí el fresco de la lluvia que se aproximaba, y todos sacaron sus impermeables, para cuando llegara. Yo no hice lo propio, hasta eso disfrutaría. Entramos al estadio previamente a un partido, y en ese momento entrenaban unas damas de musculatura formidable, entre ellas estaba Serena Williams. No podía creerlo, ¡mis piernas eran más delgadas que sus brazos!

Empezó un partido previo a los cuartos de finales, de juveniles, y a medio set, anunciaron que se suspendería momentáneamente el partido por la lluvia. La orden era bajar hasta nuevo aviso. Tal hicimos y aproveché para preguntar a las damas vecinas qué hacer. Ellas fueron muy claras, “debemos bajar”, nos llamarán cuando lo permita el

clima. Allá vamos a los pasillos bajo las tribunas y a los quince minutos anunciaron la continuación del partido. Allá vamos para arriba, con la esperanza viva. El ambiente era más húmedo, la niebla más densa, la amenaza de lluvia era más cierta.

A los diez minutos, por el sonido vocearon que se suspendía la jornada. Un grito seco y disgustado corrió por todas las tribunas, el mío con más fuerza: ¡no es posible! Me consolé parcialmente pensando que con seguridad harían válido el boleto para el siguiente día, pues deberían continuar la jornada suspendida. Pregunté a mis vecinas y aseguraron: “no hay tal, el boleto sólo sirve para hoy”. No les creía. Bajé indignado a las taquillas a reclamar mi pase para el otro día. Fueron demasiado claros: “vea su boleto, en el reverso advierte que si se suspende la jornada, no habrá reposición; deje el paso para el siguiente en la fila”.

Me desinflé por completo. Ahí estaba atrapado en la lluvia, sin haber visto un partido completo de mi gran sueño, sin posibilidades de comprar otro boleto por taquilla vendida y sin resultado alguno por reclamar. Algunos franceses me aconsejaban esperar por si amainara la lluvia y pudieran continuar los partidos más tarde.

Fue inútil. Ni las cervezas ni el vino de los estanquillos del estadio, fueron suficientes para amainar mi gran decepción y ganas de vengarme.

De regreso a la bella casa de la cariñosa familia Gonon, recordé cómo se fueron dando las cosas: un bailarín senil con la libido encendida se lanzó por una dama y en el rejuego, apareció otra que atestiguó tal gesto, tomó la bandera de hacer realidad mi sueño de visitar Roland Garros, armando desde la distancia la hermosa experiencia de vivir varios días cobijados por su familia francesa. Ese París me resultaba familia. ¡Claro! ¡Lo había vivido en las novelas de Alejandro Dumas!



Un alarife por la cuesta de Albayzín, en Granada

A las cuatro de la tarde, después de haber subido y caminado un par de horas admirando la arquitectura del barrio morisco de Al-bayzín (mi casa o casa blanca), sin haber desayunado, se me antojó acallar el hambre con unos boquerones o bien unos cayos cocinados por cocineros granadinos. Pido los boquerones con saliva entre las quijadas, pero me aclaran que se pasó la hora de platillos a la carta. Pido entonces los cayos y me remarcan que tampoco hay raciones después de las cuatro. Estando en una taberna, no me queda otra que pedir una cerveza de entrada, sospechando que de tan inflexibles me servirán otra cheve de platillo principal, y las demás de postre.

Estoy sentado de cara a la puerta de salida. Me entregan una cerveza *Cruzcampo*, y a solas brindo por mis comadres y compadres. Al levantar la copa, veo a mi lado un muro casi lleno de fotos de equipos infantiles, juveniles y profesionales de futbol, firmados por estrellas de las patadas, algunos patrocinados por el dueño del bar. Enseguida cuelga una televisión apagada. Pasan de las cuatro, está la final de tenis entre Federer y Nadal y estos granadinos en lugar de verla, reservan la luz para los partidos nocturnos del Real Madrid y similares pamboleros.

Como discípulo de mi compadre Armando (¡salud!), veo una oportunidad para ganar o perder una cerveza, que a eso bajamos a la cancha o subimos esta loma, con riesgo. Lanzo mi anzuelo preguntando discretamente a la mesera si pueden encender la televisión, pues el mallorquí Nadal juega la final de tenis de Dubai. Ella a su vez pregunta discretamente al patrón si se puede encender la tele, por lo que aclaro de inmediato que es Nadal quien está brillando, sin mencionar a Federer, mi favorito. Convenzo con ese gancho al mandamás y ahí toma otro giro el ambiente del bar.

Primero se interesa en el partido una cliente ex-tenista que desde la barra botanea sus “tapas”. Luego un par de parroquianos. Más adelante el mismísimo patrón y su socio. Entre comentarios de aquí para allá y de allá para acá, me van enseñando cómo se dicen las jugadas de tenis en España. Gana Federer el primer set, manga dicen ellos. Les aliento recordándoles a mi pesar que Nadal, yendo abajo le ganó a Federer la final del torneo *masters* el año pasado. Ahora me ofrecen el plato principal, otra cerveza acompañada de una tapa (¡salud esta vez por mi compadre el *Sha* de Al-tavista en

Cuernavaca!). Segundo set, 4-4, punto para rompimiento, para saque dicen ellos, Nadal se va arriba y gana después la segunda manga.

Esa alegría colectiva me vale un postre de cerveza, ¡ahora a cuenta de la casa y “puesta en obra” con su tapa! (¡re-salud!). El ambiente está creciendo y la tensión me hace pensar que todos en el bar estaremos coreando las jugadas de este par de maravillosos jugadores.

En eso, para mi conocimiento de las formas locales y para probar sinsabores en tierra ajena, anuncia el patrón que es la hora de cerrar la pulpería. No les vale el suspenso del marcador, ni la gran casta que está sacando Nadal venido de menos a más. A pesar de ello nos mandan cortésmente a todos a la calle.

Allá Federer y Nadal que batallen, yo salgo triunfante con mi cheve ganada a pulso, para bajar zigzagueante la cuesta de Albayzín sintiéndome un alarife de tiempos de emires, visires y califas, de esos que han dejado su alba y milenaria huella, ornamentada con azur-bermejo.



¡Estás insoportable, vete a jugar tenis!

Seguido por las tardes, mi esposa me mandaba, literal, a jugar tenis. Decía que regresando me comportaba más tratable, y allá iba yo, no sin antes preguntarme si ya había metido a la maleta de cartero las calcetas, los tenis, el short, la playera, el jabón y el estropajo para el baño acabando de jugar. Estaba por salir y seguido me gritaba: ¡te falta la toalla! Ahí voy de regreso por la toalla.

Estaba por salir de la casa con todo y toalla y ella lanzaba el grito complementario: ¡no dejes de poner un trapo al sentarte en el vapor!

Ella tenía claro que jugar con mi compadre Armando y con el comediante Mingo de Acapulco, casi diariamente, me mantenía en forma física y mental. Con ellos dos armábamos torneos de tres, todos contra todos, y si alguien se acercaba, un cuarto o un quinto, igual lo hacíamos, con sets más cortos y contando los juegos ganados menos los perdidos, para no alargar demasiado el torneo. Había que decidirlo la misma tarde, o entrada la noche.

Por supuesto, la entrada era un *six*, y al menos una vez a la semana, cincuenta pesos para completar para comprar un bote nuevo de pelotas.

La condición física y el beneficio que lograba, evidente para mi esposa, consistía de un doble efecto, logrado durante el partido, y durante su continuación, en el vapor y en las regaderas, que consistía en lo siguiente.

Ambos zurdos, Armando y Mingo, los dos eran humoristas de marca pero con estilos diferentes, se ocupaban de aderezar punto por punto, con bromas, puyas, apodos, cantos, memorias, discusiones, acusaciones mutuas de marrullerías, chistes y bromas sobre quien se acercara a vernos o sobre la escena local. Mingo, expresivo en extremo, abrazaba, besaba, gritaba, se hincaba, se acostaba en la arcilla, chiflaba, hacía todo para condimentar jugada tras jugada, fuera perdida o ganada. Armando, de humor seco, con una sola palabra o dos, remataba lo dicho por Mingo y con eso tenía yo para carcajear mientras los veía, no descansando, sino ejercitando la barriga con sus bromas continuadas. Eso era parte del “show”, del ejercicio físico y profundamente mental, relajatorio, de “ir a jugar tenis”.

Nos hidratábamos con las cervezas y llegado el fin del mini-torneo, nos íbamos al vapor. Allá continuaba la función, en que Mingo cantaba a plena voz de tenor su repertorio de *showman*, nos presentaba sus nuevas canciones o *sketches* humorísticos,

dramatizando en pleno y Armando ponía el minicomponente con su selección de canciones rockeras.

En la penumbra por el vapor, seguíamos discutiendo nuestras mejores y peores jugadas, las trampas que mutuamente se hacían, que cerraban en el caso de Mingo con un “pero de todos modos, aunque marques mal mis puntos de fondo, te amo, Viejito”.

Varias veces tuve que salir urgentemente del vapor, al no poder resistir mis músculos estomacales tanto esfuerzo al reír, al carcajear sus puntadas, que hilvanaban una con otra por cerca de otra hora, aparte de los partidos, incluido durante el regaderazo. De vez en cuando nos acompañaba ahí el *Sha* Vargas, quien aportaba lo suyo recordando como apuntador, antiguas y recientes hazañas de ambos zurdos, que daban para volver a reírlas.

Cuando entraba al cuarto de vapor algún otro hombre, uno u otro, preguntaban: ¿a poco es mixto el vapor? O bien pedían cuota para entrar ahí: quien quiera reír con nosotros, que aporte lo suyo en líquido amargo. Más de uno lo hacía, con tal de divertirse con nosotros en aquella sesión casi diaria de *Stand up*, en aquél teatro ardiente, neblinoso y húmedo, en el que rebotan aún sus bromas.



De regreso del Deportivo y sin jugar

Es martes y ha sido la tercera vez que me regreso a casa sin jugar tenis, después de conducir hacia el Deportivo. Casi para llegar allá, me asalta una sensación de vacío, de desconcierto y en la primera oportunidad que me da la calle, doy vuelta en “u” y me redirijo a casa.

De nada sirvió hacerme un espacio para jugar, preparar la ropa, raqueta y pelotas, toalla y demás. Susana me ve llegar y pregunta de inmediato, sorprendida:

- ¿Otra vez no pudiste llegar?
- No –contesto lacónicamente.
- Tienes que superarlo, ya pasó un año y medio de la muerte de Armando.
- Sí, tengo que, pero no puedo.
- ¿Qué sientes?
- No sé, no sé que voy a hacer cuando llegue a la cancha.
- ¡Pues jugar!, alguien estará ahí para jugar, dices que los martes se juntan varios.
- Sí, pero no puedo.

Me deja paso para entrar, vuelvo a poner en su espacio las cosas que llevaba y me acuerdo entonces de un abogado sesentón que hace años dejó de ir al Deportivo porque su esposa había muerto y no soportaba estar ahí sin ella, pues siempre le había acompañado. Hasta entonces comprendí su sentir y su postura. Él tenía un excelente revés cortado que en cuanto más lo forzaran al fondo con un tiro, desde allá cuchareaba la pelota y la dejaba apenas pasando la red, bajita, imposible de regresarla.

No resistió la ausencia de su compañera, dejó de ir a jugar, aunque no jugara con ella.

Se acerca Susana y me dice:

- Lo entiendo, era tu mejor amigo...

No le contesto, sólo siento los ojos empañados y me digo en silencio: sí y por eso, algún día tengo que superarlo.



Mi retiro

Harto de los convencionalismos y protocolos, les comunico formalmente mi retiro. Me dedicaré en el futuro inmediato a jugar tenis.

Sólo pongo un par de condiciones que no les aguarán su ceremonia: por muy mi gusto, al terminar esta noche de vela, quémense con los tenis puestos y avienten las cenizas sobre una cancha de arcilla roja, en la que jugaré eternamente partidos de dobles.

¡Primer servicio!



Capítulo Dos

Tenismática: divertimento con un esbozo de teoría axiomática del marcador de tenis

Tenismática: divertimento con un esbozo de teoría axiomática del marcador de tenis y aplicaciones prácticas para el tenista. Por Miguel Ángel Izquierdo Sánchez.

En este capítulo, llegaremos a plantear y explicar el TEOREMÓN, un teorema matemático de gran utilidad para quienes juegan tenis, así que les pido un poco de paciencia, apenas quince páginas para llegar a él. Verán que les redituará tanto en su concepción del juego como en la preparación de sus estrategias mentales de juego. Para quienes sólo tienen interés matemático, encontrarán aquí una teoría axiomática sencilla de desarrollar en unas horas y de presentar ante variados públicos, autocontenida.

En la primera parte presentamos definiciones de juegos, sets y partidos, para de manera rápida, referirnos a sus tipos y entender mejor la dinámica, la “historia” del marcador de un partido de tenis cualquiera.

En paralelo, mostraremos cómo dibujar en el plano esa “historia de un partido de tenis”, de manera que sea mucho más sencillo entender el TEOREMÓN a la vez que describir cualquier partido, gráficamente, como aún no se hace en la ATP ni en la WTF.

Más adelante, se desarrollan varios axiomas, sencillos, aparentemente obvios, otros no tanto, que muestran una lógica un tanto desconocida de los partidos de tenis y que merece ser analizada y utilizada en nuestra práctica diaria.

Como verán, aquí presentamos resultados estadísticos y matemáticos de cómo es posible ganar un partido de tenis, haciendo menos puntos que el contrario. Sí, haciendo menos puntos, eso es característico del tenis y de otros deportes como el volibol y aquellos “jeux de paume”, cuyo marcador entre set y set, “olvida el resultado anterior” y empieza con uno nuevo.

Algunas definiciones de juegos, sets, y partidos.

Los deportes han venido construyendo sus “jergas”, unas más desarrolladas que otras, que permiten a los usuarios y practicantes aprenderlos, gozarlos, compartirlos. Un signo de desarrollo tanto de un deporte como de un arte, es el grado de sofisticación de los lenguajes y jergas que utilizan, que el novato debe ir memorizando para comunicarse adecuadamente con sus maestros, quienes dominan el deporte que enseñan.

Eso haremos brevemente aquí, nombrar y graficar sintéticamente varios tipos de juegos, sets y partidos.

Empecemos acercándonos a una definición de “juego” para fines de este escrito. En nuestro lenguaje verbal para ir marcando un juego de tenis, solemos “marcar”, por ejemplo, cuando ganamos un juego sin puntos del contrario, de la siguiente manera:

“15-0; 30-0; 40-0; juego”.

Aquí, para simplificar el marcaje y su descripción gráfica usaremos la unidad para referirnos al logro de cada punto, por lo que traduciendo la anterior cadena preferiremos escribir y pronunciar para ese mismo juego, su expresión equivalente:

1-0; 2-0; 3-0; 4-0.

También usaremos esas expresiones encerradas en paréntesis, dado que las graficaremos en el plano cartesiano para describir un partido.

Así que el anterior juego lo podemos registrar de esta manera:

(1-0) (2-0) (3-0) (4-0). En la gráfica 1 representamos este juego.

Damos ahora nuestra definición formal de juego:

Definición 0: Un juego es una sucesión de parejas coordenadas (x,y) , en las cuales tanto x como y son números naturales o cero y se cumple la condición de que en la primera pareja hay un cero (esto es, el juego parte del punto $(0,0)$) y cualquier pareja (x,y) de la sucesión tiene como predecesor sea a $(x, y-1)$ o bien a $(x-1, y)$.

Ahora para efectos de graficar un juego y un partido, haremos una definición alterna a la anterior, haciendo equivaler un punto jugado a una línea (horizontal o vertical) y el marcador igual a un punto de coordenadas:

Definición 0': Un juego es una sucesión de líneas de una unidad de longitud cada una, y puntos en el plano, en las cuales la primera línea va del punto $(0,0)$ al punto $(0,1)$ o al punto $(1,0)$ y las siguientes van de un punto en la sucesión (x,y) a $(x+1, y)$ o bien a $(x, y+1)$.

Estamos listos para establecer las Reglas del Tenis, ahora expresadas como dos axiomas.

Axioma 1. Un juego *se gana*: a) al llegar a ganar un jugador 4 puntos y su contrincante 0, 1, o 2 puntos y b) a partir del empate a 3 puntos, gana el juego el jugador que gane dos puntos seguidos.

Axioma 2. Un set *se gana*: a) al llegar un jugador a ganar 6 juegos (sin haber empatado a 5 juegos) y su contrincante a ganar 0, 1, 2, 3 ó 4 juegos, o b) a partir del empate a 5 juegos, gana el set el jugador que gane dos juegos seguidos, si el acuerdo es seguir jugando juegos completos y c) si el acuerdo es jugar a muerte

súbita, ésta se juega al llegar al 6-6 en juegos y la gana el jugador que llegue a 7 puntos, por hasta 5 puntos de su contrario. Si hay empate a 6 puntos, gana el set el jugador que gane dos puntos seguidos a partir de un empate.

Axioma 3. Un partido se gana al llegar a dos sets ganados por uno de los jugadores si se trata de partidos a dos de tres sets, y al llegar a tres sets ganados por uno de los jugadores, en partidos a tres de cinco sets.

Hemos llegado a la bases suficientes para construir nuestra teoría matemática del tenis, es momento de desarrollarla.

Definición 1. Un *juego perfecto* es aquél en que un jugador gana todos los puntos sin punto alguno del contrario.

En beisbol le llamarían “blanqueada”. Como sabemos, un juego con tal marcador se gana después de llegar a 40-0 tras tres puntos ganados y uno más, esto es, cuatro puntos ganados en total. Veamos ahora el gráfico 1 de un juego perfecto ganado por el jugador X. Ahí sus puntos son representados por líneas azules en la horizontal, hacia la derecha a partir del punto de coordenadas (0,0) en el extremo inferior izquierdo. Los puntos de su contrincante, son representados sobre el eje vertical Y, en este caso ninguno. En la gráfica 2, el juego perfecto es a favor del jugador Y, con puntos representados en líneas rojas hacia arriba sobre ese eje.

Gráfica 1. Juego perfecto que gana X



Gráfica 2 Juego perfecto que gana Y



Como se aprecia, el caso de la gráfica dos, es el “simétrico” respecto al anterior, visto en “espejo”. Estructuralmente, esto equivale al problema de calcular eventos

probabilísticos del lanzamiento de una moneda, en este caso, las maneras de obtener sucesivamente 4 “soles” o bien 4 “águilas” en sólo cuatro lanzamientos.

Corolario 1.1: Un juego perfecto se gana en cuatro puntos.

Corolario 1.2: En un juego perfecto el porcentaje de puntos en favor del ganador es $100 = 4/4 \times 100$.

Con esos corolarios entramos ya, así sea de manera sencilla, a una teoría axiomática del marcador de tenis, estamos haciendo matemáticas (discretas).

Ahora bien, ¿cuántos tipos de juegos perfectos puede haber? Acabamos de ver graficados dos, uno por cada jugador, y dado que sólo hay dos jugadores en un partido de “singles”, ese es el total de juegos perfectos (o trayectorias o gráficas posibles).

Corolario 1.3: Sólo hay dos tipos de juegos perfectos, uno en favor de X y uno en favor de Y.

Podemos pensar en un set perfecto que definiremos así:

Definición 2. Un *set perfecto*, es aquél en que un jugador gana con seis juegos perfectos sin ningún juego a favor de su contrincante.

En la gráfica 3, mostramos un set perfecto, esto es, con 24 puntos ganados consecutivamente por la jugadora X en este caso, cuatro por juego, en seis juegos. Si fuera su contrincante la ganadora, la línea de puntos sería sobre la vertical a partir del punto (0,0), sobre el eje Y. De manera similar podemos preguntarnos en un set, jugado entre dos jugadores, ¿cuántos sets perfectos hay? Tenemos dibujado uno, en la horizontal y podemos dibujar otro, sobre la vertical para su contrincante, simétrico al anterior, con eje de simetría en la línea recta diagonal $x = y$. Esas son todas las rutas o trayectorias para ganar de manera perfecta un set, una por cada jugador(a).

Gráfica 3. Partido perfecto que gana la jugadora X.



Corolario 2.1: Un set puede ser perfecto sólo de dos maneras, uno en favor del primer jugador y otro en favor del contrario.

Corolario 2.2: Un set perfecto se gana en 24 puntos.

En efecto, cuatro puntos por cada juego perfecto y eso por seis juegos, nos dan 24 puntos.

Corolario 2.3: El porcentaje de puntos en favor de quien gana un set perfecto es de $100\% = 24/24 \times 100$.

De manera similar podemos definir un *partido perfecto*, según sea a dos de tres sets o a tres de cinco sets.

Definición 3. Un partido perfecto es aquél en que un jugador gana dos sets perfectos (en partidos a dos sets de tres) o tres sets perfectos (en partidos a tres sets de cinco) y su contrincante no gana set alguno.

Consecuentemente tenemos un par de corolarios más:

Corolario 3.1: Un partido a dos de tres sets perfectos se gana en 48 puntos.

Hagamos la cuenta para demostrarlo: 24 del primer set + 24 del segundo set = 48 puntos.

Corolario 3.2: Un partido a tres de cinco sets perfecto se gana en 72 puntos.

Revisemos las cuentas: 48 puntos de los dos primeros sets + 24 del tercer set, suman 72 puntos exactamente.

Corolario 3.3: Un partido perfecto sólo puede ocurrir de dos maneras, una en favor del primer jugador y otra en favor del contrario.

En efecto, cada uno de los dos jugadores puede ganar el partido de manera perfecta, por lo que suman dos los resultados posibles.

Corolario 3.4: En un partido perfecto el porcentaje de puntos en favor de quien gana es de 100.

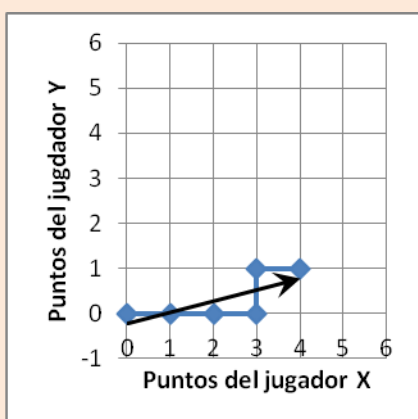
Si es a dos de tres sets el porcentaje es $100 = 48/48 \times 100$; si es a tres sets el porcentaje es $100 = 72/72 \times 100$.

Ahora presentaremos tipos de juegos en los que quien pierde hace 1, 2, o 3 puntos.

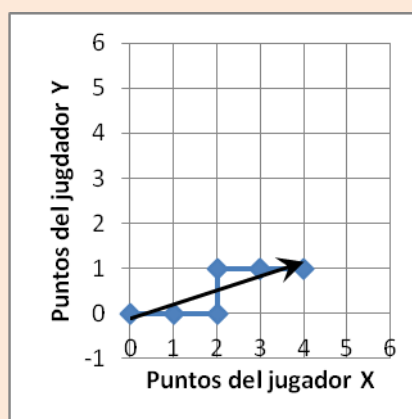
Definición 4. Un juego se llama “tranquilo” si el perdedor sólo hace un punto.

En las siguientes gráficas presentamos ejemplos de juegos tranquilos, con un solo punto del perdedor, logrados en dos diferentes momentos.

Gráfica 4. Juego tranquilo



Gráfica 5. Juego tranquilo



En la gráfica 4, el punto hecho por quien pierde ocurrió cuando iban 40-0 y llegaron a 40-15. En la gráfica 5, el punto del perdedor ocurrió cuando iban 30-0 y llegaron a 30-15, antes de los dos últimos puntos del ganador.

Corolario 4.1: Un juego tranquilo se compone de cinco puntos.

En efecto, cuatro del ganador y sólo uno del perdedor suman cinco puntos.

Corolario 4.2: En un juego tranquilo el porcentaje de puntos a favor del ganador es de $80\% = 4/5 \times 100$.

Veamos el total de casos en que el perdedor (sobre el eje Y) puede hacer un solo punto en un juego tranquilo: a) al inicio del juego en cuyo caso el marcador es (0-15), b) cuando el ganador lleva un punto (15-15) y empatan; c) cuando el ganador lleva dos puntos (30-15); d) cuando el ganador lleva tres puntos (40-15). No hay otra opción. Eso da para cuatro opciones de trayectorias o gráficas que describen “la historia del juego” en que sólo hizo un punto el perdedor Y. Pero observemos que eso fue para el ganador sobre el eje X, otros tantos casos pueden suceder para el jugador sobre el eje Y, así que tenemos cuatro casos de uno y cuatro casos o trayectorias del otro, un total de ocho opciones o trayectorias.

De ahí que tenemos otro corolario:

Corolario 4.2: Un juego tranquilo, se puede ganar de ocho maneras, cuatro por cada jugador.

Es momento oportuno para apoyarnos de un recurso de cálculo en lo subsiguiente: pensemos que todos los casos o trayectorias que ubiquemos para un jugador(a), los

podemos calcular “por espejo”, para el otro jugador(a). El espejo estaría sobre la diagonal, una recta que saldría a 45 grados desde el punto (0,0) hacia el punto (6,6) y continuaría en esa dirección. Esto es, deberemos duplicar los casos para contabilizar la totalidad de posibilidades de trayectorias que definen un juego, un set, o un partido.

Definición 5: Un set se llama “perfectamente tranquilo” si el perdedor logra sólo un punto en cada juego.

En otras palabras, un set perfectamente tranquilo se compone de seis juegos tranquilos sólo en favor del ganador y ningún otro tipo de juegos.

Corolario 5.1: En un set perfectamente tranquilo se juegan exactamente 30 puntos.

Veamos que eso sucede: al ser tranquilos todos los juegos, cada uno es de cinco puntos, uno para el perdedor y cuatro para el ganador. Entonces el ganador obtiene seis juegos, por cuatro puntos en cada uno, eso da 24 puntos, más los seis puntos del perdedor, suman 30 puntos jugados en ese set.

Corolario 5.2: En un set perfectamente tranquilo, el ganador logra el 80 % de los puntos ($= 24/30 \times 100$).

Ahora hagamos cálculos de puntos para un partido perfectamente tranquilo.

Definición 6: En un partido perfectamente tranquilo el ganador gana, según el caso, dos o tres sets perfectamente tranquilos.

Corolario 6.1: En un partido perfectamente tranquilo se juegan 60 o 90 puntos según sean dos de tres sets, o tres de cinco sets.

Corolario 6.2: El porcentaje de puntos en favor de quien gana en un partido perfectamente tranquilo es 80%.

Ahora veamos otro tipo de juegos con más puntos para el perdedor.

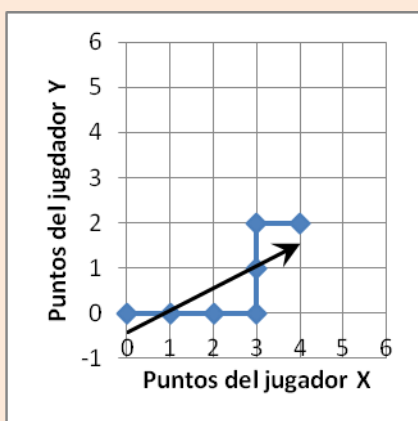
Definición 7. Un juego se llama “disputado” si el perdedor sólo hace dos puntos.

Para ser ganado el juego, se necesitarán entonces los dos puntos de quien pierde y cuatro más del ganador para completarse el juego. De modo que:

Corolario 7.1: Un juego disputado se compone de seis puntos.

Corolario 7.2: En un juego disputado el porcentaje de puntos en favor de quien lo gana es de 66.66% ($= 4/6 \times 100$).

Gráfica 6. Ejemplo de juego disputado



Podemos ahora postular un set perfectamente disputado:

Definición 8: En un set perfectamente disputado, todos los juegos son disputados a favor de quien gana sin ningún juego a favor de quien pierde.

De ahí derivaremos un par de corolarios.

Corolario 8.1: En un set perfectamente disputado se juegan exactamente 36 puntos.

Revisemos que es así: cada juego tiene seis puntos, cuatro del ganador, más dos del perdedor. Si multiplicamos por 6 tendremos: $6 \times 4 + 6 \times 2 = 36$ puntos.

Corolario 8.2: En un set perfectamente disputado, el porcentaje de puntos logrados por el ganador es de 66.66

Esto es así dado que la relación será: $=24/36 \times 100$.

Invito a quienes esto leen a crear un corolario que exprese de cuántas maneras en favor del jugador(a) X es posible conseguir un set perfectamente disputado, o cuántas

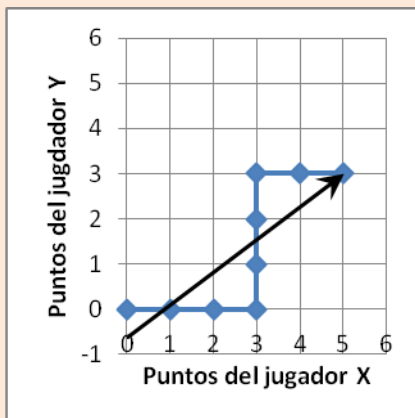
trayectorias se pueden dibujar para obtener el resultado 4-2 en favor de X, o equivalentemente, si lanzamos una moneda seis veces, de cuántas maneras puede ocurrir el resultado de cuatro águilas y dos soles, si el último resultado debe ser águila.

Definición 9: Un juego se llama “parejo” si el perdedor hace exactamente 3 puntos y los últimos dos puntos son del ganador después de llegar a 40-40.

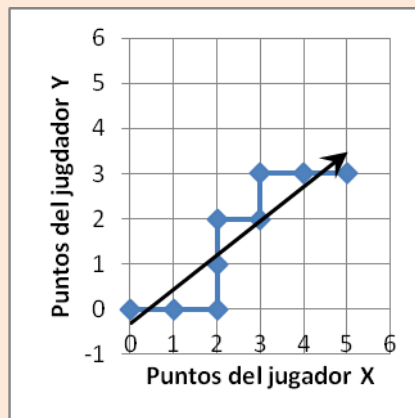
Esto es otra manera de decir que el juego llegó a estar 40-40, en cualquier orden de llegada a tal marcador y se resolvió dos puntos después y no más.

En las siguientes gráficas presentamos un par de ejemplos de juegos parejos, en favor del jugador X.

Gráfica 7. Juego parejo



Gráfica 8. Juego parejo



Como vemos, en la gráfica 7 el juego llegó a estar 40-40 después de que estuvo 40-0. En la gráfica 8 el juego estuvo 30-30 y luego 40-30 y 40-40.

Corolario 9.1: Un juego “parejo” se compone de ocho puntos.

Veamos que es así: 3 de quien pierde y 5 de quien gana, totalizan ocho puntos.

Corolario 9.2. En un juego parejo el porcentaje de puntos en favor del ganador es de 62.5.

En efecto, $62.5 = 5/8 \times 100$.

Dejamos el reto a quienes nos leen de calcular de cuántas maneras el jugador X puede ganar un juego parejo y de cuántas maneras puede ocurrir entre ambos jugadores.

Definición 10: Un set se llama “parejo” si el perdedor logra exactamente tres puntos en cada juego.

Corolario 10.1: En un set parejo se juegan exactamente 48 puntos.

Contemos para mostrar que es así: cada juego tiene 8 puntos, son seis juegos, total 48 puntos, de los cuales 18 son del perdedor y 30 del ganador.

Corolario 10.2. En un set parejo, el ganador logra un 62.5 % de los puntos.

Mostremos tal proporción: deben ser $= 30/48 \times 100 = 62.5\%$.

Ahora definamos un partido perfectamente “parejo”.

Definición 11: Un partido es perfectamente parejo si es ganado únicamente con sets parejos del ganador (esto es el perdedor no gana set alguno).

Derivemos los corolarios correspondientes.

Corolario 11.1: En un partido parejo a dos de tres sets se juegan 96 puntos.

La cuenta es así: 48 puntos por set parejo, y otros 48 puntos del segundo set dan los 96 puntos.

De manera similar podríamos derivar un Corolario de un partido perfectamente parejo jugado a 3 de cinco sets, que dejamos para el lector.

Pasemos a medir el porcentaje de puntos en estos partidos.

Corolario 11.2: En un partido parejo el porcentaje de puntos a favor de quien gana es de 62.5%

Si el partido es a dos de tres sets, el cálculo será $= 60/96 \times 100 = 62.5$; si el partido es a tres de cinco sets será $= 90/144 \times 100 = 62.5$.

Es momento de mostrar en una Tabla comparativa de puntos ganados y del porcentaje de puntos ganados, tanto en los tipos de juegos, como de sets y de partidos analizados, para visualizar cómo va decreciendo el porcentaje de puntos del ganador según aumenta el puntaje del perdedor.

Tabla 1. Comparativo de puntos ganados y porcentaje de puntos ganados.

Evento: juego/set/partido	Total de puntos jugados	Porcentaje de puntos ganados a favor del ganador
Juego perfecto	4	100
Set perfecto	24	100
Partido perfecto	48 o 72	100
Juego tranquilo	5	80
Set tranquilo	30	80
Partido tranquilo	60 o 90	80
Juego disputado	6	66.66
Set disputado	36	66.66
Partido perfectamente disputado	72 o 108	66.66
Juego parejo	8	62.5
Set parejo	48	62.5
Partido perfectamente parejo	96 o 144	62.5

Como vemos, nos acercamos rápidamente al 50% de puntos en favor del ganador y como veremos en seguida a menos del 50% bajo circunstancias que derivan de lo que ya hemos visto. Veamos un ejemplo de los tantos casos en que eso es posible.

Iniciamos presentando un set combinado de juegos perfectos del perdedor con juegos parejos en favor de quien gana, lo que podemos plantear como el Teorema-M:

Teorema-M: Se puede ganar un set haciendo menos puntos que el perdedor.

Como vía de su demostración emplearemos la estrategia de exhibir al menos un caso en que eso es posible. Veremos más adelante que son múltiples los casos y que se pueden calcular.

Presentamos la siguiente tabla 2, que combina cuatro juegos perfectos para el perdedor (lo mínimo para el ganador) con seis juegos parejos para el ganador (con el máximo de puntos para el perdedor), en un set que no llega a muerte súbita.

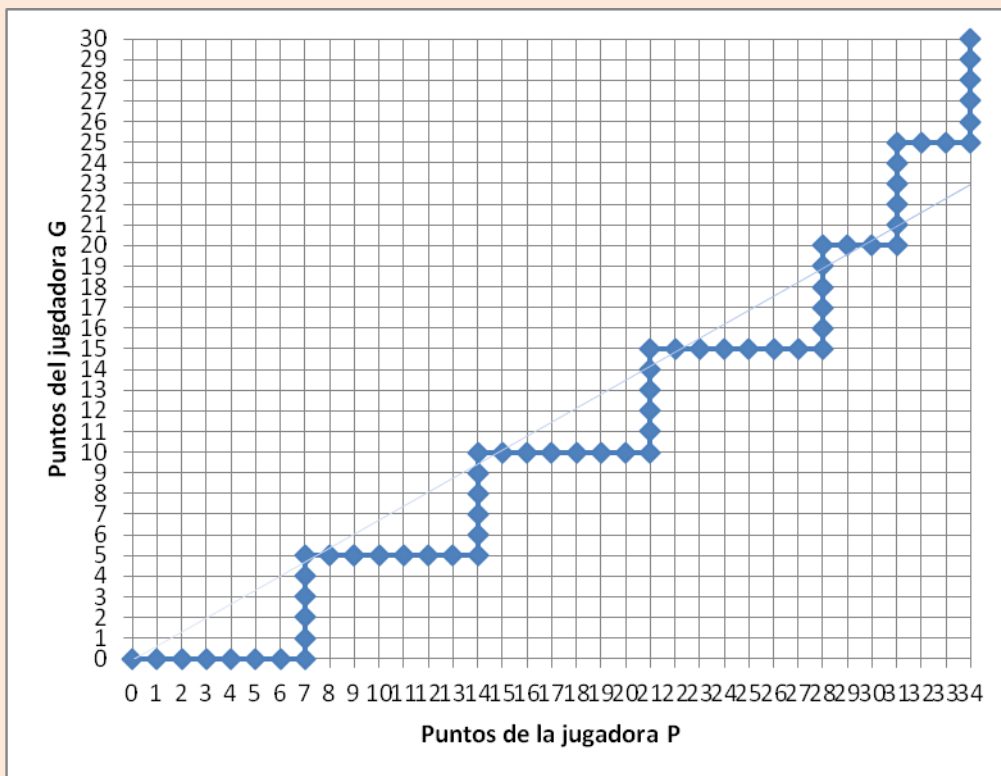
Tabla 2. Set ganado con menos puntos conseguidos por la ganadora G.

Tipo de juego	Puntos de P	Puntos de G	Puntos acumulados de G
Primer juego: P gana perfecto	4	0	0
Segundo juego: P pierde parejo	3	5	5
Tercer juego: P gana perfecto	4	0	5
Cuarto juego: P pierde parejo	3	5	10
Quinto juego: P gana perfecto	4	0	10
Sexto juego: P pierde parejo	3	5	15
Séptimo juego: P gana perfecto	4	0	15
Octavo juego: P pierde parejo	3	5	20
Noveno juego: P pierde parejo	3	5	25
Décimo juego: P pierde parejo	3	5	30
Total de puntos acumulados	34	30	30
Puntos jugados en el set	64		
Porcentaje de puntos ganados	53.12	46.87	

Como se observa, se jugaron 64 puntos en total, de los cuales 34 fueron para quien lo pierde y 30 para la ganadora, de ahí que el porcentaje de puntos ganadores es menor para quien gana el set. Ese caso (hay muchos más) es suficiente para demostrar el Teorema-M.

Ahora graficaremos ese set, su “historia”, conforme se fueron dando los puntos.

Gráfica 9. Historia de un set: el ganador hace menos puntos que el perdedor.



En ese set, la jugadora P, hasta el octavo juego, siempre fue dominando en puntos. De hecho siempre estuvo arriba en puntos conseguidos hasta el final. Es en juegos que se define el set a favor de quien menos puntos logró, 30 de 64 puntos jugados.

La gráfica, que podemos trazar para cualquier set o partido, va mostrando punto por punto, el desarrollo del partido y puede usarse para registrar en la computadora o en papel cuadriculado, los giros que toma un juego, un set, un partido y además, permite ubicar “puntos críticos”, puntos en que cambió la dinámica del juego, del set, del partido, seguramente asociados a cambio en las tácticas o estrategia de los jugadores. Ejemplos de puntos críticos los tenemos en la anterior gráfica, cuando la jugadora X estaba enrrachada, había hecho los siete puntos iniciales (ver el punto (7,0)) y ahí la jugadora Y rompió tal racha con cinco puntos seguidos, para llegar al punto (7,5). Podemos ubicar fácilmente esos puntos críticos al cambiar la orientación gráfica del marcaje, tomando una ruta perpendicular a la que lleva el partido.

Revisemos otro set con menos puntos a favor de quien lo gana, pero añadamos la condición de que se decidió mediante una muerte súbita. Para ello definamos también un set reñido.

Definición 12. Un set se llama reñido si termina en muerte súbita.

Corolario 12.1. En un set reñido, el ganador puede hacer menos puntos que el perdedor.

Construiremos la demostración con un ejemplo, muy similar al de la tabla dos:

Tabla 3. Un set reñido, con menos puntos a favor de quien lo gana.

Tipo de juego	Puntos de P	Puntos de G	Puntos acumulados de G
Primer juego: P gana perfecto	4	0	0
Segundo juego: P pierde parejo	3	5	5
Tercer juego: P gana perfecto	4	0	5
Cuarto juego: P pierde parejo	3	5	10
Quinto juego: P gana perfecto	4	0	10
Sexto juego: P pierde parejo	3	5	15
Séptimo juego: P gana perfecto	4	0	15
Octavo juego: P pierde parejo	3	5	20
Noveno juego: P gana perfecto	4	0	20
Décimo juego: P pierde parejo	3	5	25
Onceavo juego: P gana perfecto	4	0	25
Doceavo juego: P pierde parejo	3	5	30
Muerte súbita con máximo de puntos para quien pierde, terminada en 5-7	5	7	37
Total de puntos	47=18+24 + 5	37=30+7	37
Puntos jugados en el set	84		
Porcentaje de puntos ganados	55.96	44.04	

Corolario 12.2: En un set reñido, el mínimo porcentaje de puntos a favor del ganador es 44.04 ($37/79 \times 100$).

Con este corolario queremos enfatizar que cualquier otro set reñido, esto es, que acabe en muerte súbita, el ganador no podrá tener menos de ese porcentaje. Veamos la posibilidad más cercana, esto es, que el set termine en muerte súbita con marcador 8-6. En ese caso se habrán jugado 86 puntos, 38 en favor de quien gana, y 48 en favor de quien pierde. El porcentaje para el ganador en ese caso será $= 38/86 \times 100 = 44.18$, lo que es superior en algunas décimas al valor previamente obtenido cuando el marcador fue 7-5 en la muerte súbita. En tanto más se alargue la muerte súbita en puntos, el porcentaje mínimo de puntos irá aumentando para el ganador.

Es momento de presentar el TEOREMÓN, que prácticamente ya hemos demostrado de manera parcial antes.

Teoremón. En un partido de tenis, es posible que el ganador logre menos puntos que el perdedor.

Probaremos el teoremón, mostrando al menos un caso en que esto es así.

Por el Teorema-M, duplicando las cuentas a cada jugador si se trata de partidos a dos sets, o triplicando los puntos, si se trata de partidos a tres de cinco sets, obtendremos los siguientes casos.

Caso 1. Partidos a dos sets de tres. El perdedor hace 68 puntos mientras que el ganador hace 60 puntos. El porcentaje de puntos a favor del ganador es 46.87 % (60/128).

Casi 2. Partidos a tres sets de cinco. Si triplicamos esos datos del ejemplo mostrado en el Teorema-M, obtenemos para el perdedor 102 puntos y para el ganador 90 puntos. En tal caso el porcentaje de puntos para el ganador es también 46.87.

Por cierto, en el partido más largo de la historia del tenis contemporáneo, que ganó el norteamericano John Isner al francés Nicolás Mahut en Wimbledon (2010), el porcentaje de puntos en favor de Isner fue de 48.77, habiendo jugado entre ambos un total de 980 puntos. Se jugaron 183 juegos, Mahut el perdedor ganó 502 puntos por 478 de Isner.

Hemos llegado al objetivo que nos proponíamos en este divertimento matemático. Ahora es tiempo de reflexionar sobre algunas de sus implicaciones prácticas al jugar este deporte.

De entrada en los ejemplos presentados, procuramos dejar claro que alguien puede ir abajo, permanentemente, pero dada la manera de marcar en tenis, como en otros deportes (*jeux de paume* como les llamaba Jacques Bernoulli en el siglo XVII), es posible remontar el resultado y ganar un set, o un partido, con menos puntos. ¿Dónde están los puntos críticos? Precisamente podemos observarlos en las gráficas como en los marcadores: con independencia de los puntos acumulados, tanto en un juego como en un set, al llegar a 40-40 (un juego) o al empate de juegos en 4-4 o posteriormente, la fuerza mental y física que lleva a un jugador(a) a ganar los dos puntos o los dos juegos siguientes, define su curso. Esto es, concentrar esfuerzos, aplicar táctica y estrategia en esos momentos críticos (y para llegar a ellos), es clave para ganar un partido sin haber logrado dominar en el total de puntos ganados.

Aquí la fuerza mental, el control de sí mismo, el “dominar mentalmente” esa situación crítica es decisivo, aún en situación desventajosa. ¿Recuerdan cómo Michael Chang le ganó a Iván Lendl en Roland Garros en la final del año 1989, la única en ese torneo que estaba por ganar Lendl? Cambió la táctica, en gran desventaja Chang al estar acalabrado: sacó por abajo, con efecto una bola muy lenta que se comió Lendl, sacándola de la cancha y de ahí siguió su derrota, quebrado mentalmente.

Para terminar, recomiendo a los interesados en esta teoría matemática hacer cálculos de las variedades de juegos y sets que hemos presentado, incluso definir otros para arribar a resultados complementarios con los cuales podamos conocer aún más de este juego apasionante. Otro tanto podrán hacer con nuevos resultados quienes se ocupan de jugar volibol y otros juegos de raqueta que marcan de manera similar al tenis o al volibol.

¡Juego en la cancha!

Anexo 1:

Algunos teoremas derivados sobre porcentajes de puntos en juegos y sets que se prolongan demasiado, con ventajas para uno y otro jugador.

Definición: Un juego se llama reñido si por lo menos llegan ambos jugadores a 40 iguales y ambos lograron tener al menos una ventaja.

Teorema M1. El límite del porcentaje de puntos a favor del ganador de un juego reñido es $\frac{1}{2}$.

Demostración. Sea “n” el número de empates del juego después del marcador 40-40. El ganador tendrá entonces dos puntos más que el perdedor, esto es: $3 + n + 2$ puntos conseguidos por $3 + n$ puntos conseguidos del perdedor. Entonces la proporción de puntos del ganador respecto a los puntos jugados es $= \frac{(n+5)}{(2n + 8)}$.

Haremos una división entre “n” para detectar la tendencia de esa relación cuando “n” tienda al infinito, eso es cuando crezca la cantidad de empates...como los empates entre Isner y Mahut en el torneo de Wimbledon en 2010.

La expresión anterior será igual a:

$$= \frac{(n/n + 5/n)}{(2n/n + 8/n)} = \frac{(1 + 5/n)}{2 + 8/n}$$

Ahora si tomamos el límite cuando n tiende al infinito, esa relación será:

$$\text{Lím } \frac{(1 + 5/n)}{(2 + 8/n)} = \frac{1}{2}.$$

En otras palabras, los jugadores harán como tendencia, casi tantos puntos uno como el otro, con diferencia de dos, pero el porcentaje será cada vez más cercano al 50% de puntos para cada uno.

Teorema M2: En el set más desventajoso para el ganador, con muerte súbita, cuando el número de empates tiende al infinito, el porcentaje de puntos del ganador tiende a $\frac{1}{2}$.

Demostración. El perdedor hace 6 juegos perfectos y el ganador hace 6 juegos “parejos”, con muerte súbita mínima y más disputada a favor del ganador en el último juego que gana. En tal caso el perdedor hace $(6 \times 4) + (6 \times 3) + n = 42 + n$ puntos; mientras el ganador hace $(0 \times 6) + 6 \times 5 + n + 2 = 30 + n + 2$ puntos. El porcentaje de

puntos a favor del ganador es $= (32+ n)/(74+2n)$. La relación de los puntos del ganador respecto al total de puntos jugados será:

$= (32+n)/(74+2n)$; y dividiendo entre n tanto en el numerador como en el denominador tendremos:

$= (32/n + n/n)/ (74/n + 2n/n) = (32/n+1) / 74/n+2)$ y tomando el límite cuando n tiende al infinito:

$= (0+1)/(0+2)= 1/2$.

Nota bibliográfica:

Jacob Bernoulli, al parecer, fue el primer matemático que estudió probabilísticamente los juegos de palma (jeux de paume), y publicó una carta sobre el tenis de entonces por los años 1686/7. La Universidad Johns Hopkins ha editado una versión de aquél estudio en el libro *The art of conjecturing*, publicado en 2006.



FIN del divertimento tenístico-matemático. Gracias por leer. Espero sus comentarios.

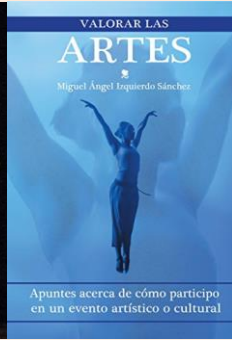
Otras obras del autor



Cuentos infantiles



Temas de artes



Apuntes acerca de cómo participo en un evento artístico o cultural



Recursos para artistas,
promotores artísticos y
culturales de Morelos



Miguel A. Izquierdo S.